La princesa perfecta

Por fin, el jeque Jalal había sido reconocido príncipe y heredero. Ahora, ya podía reclamar lo que era suyo: tierra, título, trono... y una princesa. Clio Blake, la mujer que lo había hechizado, luchaba contra él como una leona, pero Jalal no estaba dispuesto a renunciar a ella.

Clio Blake no pertenecía a ningún hombre... ni era la princesa de ningún país. Y jamás entregaría su corazón a alguien con el pasado de Jalal. Entonces, ¿por qué no podía resistir sus deliciosos y exigentes besos? ¿Y por qué temblaba cada vez que pensaba en el príncipe bandido... amándola, poseyéndola?

Capítulo 1

El hidroavión verde y blanco sobrevoló las copas de los árboles con el fin de posarse en el siguiente lago. Clio Blake, dirigiendo la lancha motora, oyó el ruido del aparato antes de verlo. Cuando tuvo al hidroavión encima, alzó los ojos al cielo deseando poder obrar milagros y hacerlo desaparecer.

No quería que ese aparato estuviera allí. El no debería haber ido.

Aminoró la velocidad bruscamente y condujo la motora hacia el estrecho canal que separaba los dos lagos, donde numerosas señales limitaban la velocidad advirtiendo del peligro de erosión de las orillas por las estelas de las embarcaciones. Algunas de las casas de campo seguían cerradas, pero la mayoría ya estaban abiertas, anunciando la época de vacaciones.

Una vez que recorrió el canal y salió al lago mayor, aceleró la velocidad y emprendió el camino hacia el embarcadero de hidroaviones. El Twin Otter ya estaba deslizándose por la superficie de las aguas con el fin de volver a despegar.

Bien, él estaba allí. Adiós a las esperanzas de que algo pudiera evitar su llegada.

Sus padres se habían negado rotundamente a prestarle atención. Su hermana Zara lo había

decidido así y Zara siempre conseguía lo que quería. Por lo tanto, el príncipe Jalal ibn Aziz ibn Ihntd ibn Hassan al Quraishi, el sobrino de los regentees de los Emiratos Barakat, estaba allí... para pasar el verano entero.

Clio se preguntó si el príncipe Jalal se estaba acordando en esos momentos de su último encuentro. «Es peligroso considerar enemigo tuyo a un hombre cuya fuerza no conoces», le había dicho entonces.

Ella ni siquiera se dignó a reconocer la amenaza, mirándolo con unos ojos que parecían decir: «¿Tú y cuántos más?». Pero había sido una presunción. Clio sintió miedo en su presencia, ¿y quién no? El príncipe era el hombre que había tomado a su hermana

como rehén con el fin de presionar a los príncipes de los Emiratos Barakat.

Podría haber ocurrido cualquier cosa. Tuvieron mucha suerte cuando todo se resolvió sin que hubiera corrido la sangre. Eso fue lo que Clio le dijo el día.de la fastuosa fiesta de bodas a la que habían asistido también Zara y el príncipe Rafi. A Clio le había estropeado la fiesta la presencia de aquel hombre, a pesar de que ahora tenía el título de príncipe en vez de bandido.

«Es peligroso considerar enemigo tuyo a un hombre cuya fuerza no conoces».

Clio se estremeció. Sin duda, llegaría a conocer su fuerza durante el terrible verano que se le avecinaba. Pero una cosa era segura: jamás le perdonaría lo que les había hecho ni el riesgo al que los había sometido.

Por mucha fuerza que tuviera Jalal, nunca dejaría de ser su enemigo.

Clio, casi veneraba a su hermana mayor, a pesar de que apenas se llevaban tres años. Zary, así la llamaba Clio desde su infancia.

Las dos hermanas se parecían fisicamente a su madre. Ambas tenían el cabello negro, ojos marrón oscuro y hermosa estructura ósea; pero Clio era plenamente consciente de ser la versión pobre de su hermana. El cabello de Zara caía en una cascada de rizos perfectos; sin embargo, el de Clio era liso, aunque igualmente abundante. Zara era una princesa de cuento de hadas con sus ojos ligeramente rasgados, rasgos delicados y figura de muñeca de porcelana. Por el contrario, los ojos de Clio eran más redondos debajo de sus espesas y negras cejas, confiriéndole una expresión seria; sus pestañas eran más cortas, aunque también muy espesas. Además, había heredado la amplia boca de su padre, en contraste con la pequeña de Zara, igual a la de su madre.

Al cumplir los once años, Clio ya era más alta y más corpulenta que su hermana mayor; y, a pesar de ser menor, ya había empezado a sentirse protectora de Zara. Siempre había tenido la tendencia a sacar a Zara de apuros, aunque Zara era perfectamente capaz de resolver sus propios problemas.

Sus actitudes también eran distintas. Mientras que Zara había perdonado y olvidado lo que Jalal le había hecho, Clio sabía que ella jamás podría. Había sido Zara quien había pedido a su familia que lo hospedara durante el verano con el fin de darle la oportunidad de practicar el inglés antes empezar el curso de posgraduado. Clio se bahía opuesto.

Sin embargo, allí estaba, en el corazón de Ontario, a punto de recoger a Jalal para llevarlo a la casa de campo donde ella y su familia vivían y trabajaban, en las orillas del lago Love.

Estaba de pie en el muelle.. Se había afeitado la barba que llevaba la última vez que ella lo vio. Salió de su ensimismamiento cuando Clio lo saludó levantando el brazo y agitando la mano al tiempo que la embarcación se deslizaba a lo largo del muelle.

-¡Cilio! -exclamó Jalal, dispuesto a mostrarse cordial.

Bien, así que estaba dispuesto a olvidar, ¿no? Pues ella no.

-Príncipe Jalal -dijo Clio asintiendo breve y fríamente con la cabeza-. ¿Podría saltar a bordo? 'Pire primero el equipaje.

El la miró y luego asintió. Clio se dio cuenta de que la oferta de amistad acababa de ser retirada, y se alegró de ello. Lo mejor era dejar las cosas claras desde el principio.

-Gracias -contestó Jalal; después, agarró las bolsas con el equipaje y las tiró a la embarcación. A continuación, se quedó quieto, mirando a la motora con el ceño fruncido. Con sorpresa, Clio se dio cuenta de que, probablemente, jamás había hecho algo, para ella tan sencillo, como subirse a una embarcación sin estas amarrada al muelle.

¿Y ese era el hombre que iba a serle tan útil a su padre en el club de yates? Ese era el argumento con el que sus padres habían respondido a sus protestas: con Jude en la ciudad, necesitaban a alguien.

-Agárrese a mi mano -dijo ella en tono profesional, en el mismo tono en el que le hablaba a los turistas sin experiencia.

Con una mano en el volante, Clio extendió el brazo para ofrecerle la otra.

-Primero salte al asiento.

Clio había medio esperado que rechazara la ayuda, pero Jalal se agachó para aceptarla. Cuando sus dedos se rozaron, Clio contuvo el aliento al sentir una especie de corriente eléctrica; al momento y automáticamente, retiró la mano.

Jalal intentó recuperar el equilibrio y aterrizó de mala manera en el asiento de la embarcación con un pie antes de apoyar el otro en el suelo de la motora. Involuntariamente, fue a sujetarse a Clio.

Ella, automáticamente, lo agarró y Jalal acabó delante de ella, con una rodilla en el suelo, rodeándole el cuerpo con los brazos y con una mejilla entre los pechos de ella.

Al cabo de unos electrizantes momentos, Clio se puso tensa.

-Quíteme los brazos de encima –dijo ella. Jalal se enderezó al tiempo que le lanzaba una furiosa mirada. Estaba lleno de ira.

-¿Qué es lo que quieres demostrar? -le preguntó Jalal apretando los dientes.

Ruborizándose bajo el impacto de aquella mirada, Clio le gritó:

-¡No lo he hecho a propósito! ¿Por quién me ha tomado?

-Por una mujer con una forma muy peculiar de ver las cosas. Decidiste ser mi enemiga, pero río sabes lo que eso significa. Si vuelves a intentar ponerme en ridículo, sabrás lo que eso significa.

Las palabras de él la asustaron, pero Clio no estaba dispuesta a que se lo notara.

-Gracias por la advertencia, pero creo que. ya lo sé -se enteró de lo que era ser el enemigo de ese hombre el día que Jalal raptó a Zara.

Jalal, con desdén, sacudió la cabeza.

-Si lo supieras, no te comportarías de forma tan infantil.

-Qué quiere decir?

-Quiero decir que eres una mujer, Clio, y yo soy un hombre. Cuando una mujer decide ser la enemiga de un hombre, siempre es por alguna razón diferente a la que

ella supone.

Clio se quedó boquiabierta al darse cuenta de las implicaciones de esas palabras.

-¡Vaya un machista! ¡Y eso que es de los modernos Emiratos Barakat! No parece tener... Jalal sonrió y alzó una mano antes de interrumpirla.

-Yo soy del desierto -le recordó Jalal. -¡Es evidente!

-En el desierto, un hombre le permite ciertas cosas a una mujer porque él es fuerte y ella débil. El hombre hace ciertas concesiones.

Clio no pudo evitar que la sangre se le subiera a la cabeza.

-¡Jamás en mi vida me había encontrado con una persona tan...!

-A cambio, Cho, una mujer jamás le habla a un hombre en ese tono. Las mujeres tienen la lengua muy afilada, los hombres tienen cuerpos fuertes. Nos respetamos mutuamente, por eso no utilizamos nuestros puntos fuertes para atacartíos.

-¿Me está amenazando?

-Solo te estoy explicando el modo como las mujeres y los hombres se comportan en un país civilizado.

-¡Pues no es así como nos comportamos aquí! -estalló ella-. ¡Quizá no haya notado que, civilizado o no, ahora no está en el desierto!

Jalal pareció contener una sonrisa.

-Lo sé perfectamente. Por ejemplo, estamos a punto de chocarnos con el barco que está justo detrás del nuestro, cosa que jamás ocurriría en el desierto.

Capítulo Dos

Agarrando el volante instintivamente, Clio se volvió. Con el tiempo justo, metió la marcha y empezó a alejarse del pequeño yate anclado al muelle. ¡Por fortuna, había evitado un verdadero desastre!

No era propio de ella ser tan descuidada al mando de una motora. Eso solo demostraba el efecto tan negativo que ese hombre le producía.

Sin embargo, el repentino peligro la había ayudado a calmarse. Mientras guiaba el barco a través de las brillantes aguas del lago, comprendió que ese hombre había estado distrayéndola intencionadamente, y Clio se enfadó consigo misma por reaccionar con tanta violencia. Necesitaba aprender a controlar mejor sus emociones si quería sobrevivir a aquel verano.

Jalal contempló el paisaje a su alrededor.

-Es la primera vez. que veo un paisaje así -la expresión de él mostraba tal apreciación que Clio tuvo que hacer un esfuerzo para no ablandarse-. Es precioso.

Ella también lo pensaba.

-Pero supongo que, en el desierto, se siente en casa -comentó ella.

A Clio no le gustó lo que vio del desierto cuando estuvo en los Emiratos. Sin duda, semejante entorno natural producía hombres violentos.

-Yo no me siento en casa en ninguna parte. Cilio se lo quedó mirando.

-¿En serio? ¿Por qué? Jalal sacudió la cabeza.

-Mi abuelo Selim no quería que siguiera sus pasos. Cuando era un niño, no cesaba de decirme que el destino reservaba algo grande para mí, lo que hizo que no me pareciera realmente rni hogar el lugar en el que nací. Era de otro sitio, pero no sabía de cuál. Después, mi madre me llevó a la capital...

-Zara me dijo que el palacio se encargó de su educación desde muy temprana edad -dijo ella, interesada... en contra de su voluntad.

Jalal tenía una bonita voz, despertaba el interés. -Sí, pero yo no lo sabía entonces. Ocurrieron cosas muy, curiosas, pero yo era demasiado pequeño para pedir explicaciones. Empecé a ver las cosas más claras cuando se acercó el momento de ir a la universidad y mi madre me dio una lista de los estudios que podía seguir. Fue entonces cuando pregunté quién controlaba mi vida y por qué. Pero mi madre no me contestó.

-¿Y estudió lo que le aconsejaron que estudiara?

Jalal lanzó una amarga carcajada. Nunca había hablado de eso con desconocidos, y no comprendía por qué lo estaba haciendo con Clio. Ella le había dejado muy claro que no quería ser su amiga.

-Rompí la lista y dije que ya era un hombre y que era yo quien elegía lo que iba a hacer.

-¿Y qué pasó?

Jalal sacudió la cabeza y se encogió de hombros.

-Me licencié, me alisté en las fuerzas armadas y al cabo de un tiempo volví a sentir la mano invisible de mi protector. Me entrenaron para ser oficial y me ascendieron con irás rapidez que me merecía... Mi madre continuaba sin querer decirme nada.

Clio notó un eco de frustración en su voz. -Pero, al final, lo descubrió -Clio se preguntó si Jalal le estaba contando aquello con la intención de disipar su hostilidad hacia él por medio de justificar la forma como trató a su hermana. -Sí, lo descubrí el día en que, según el legado de su padre, los príncipes llegaron a la edad de gobernar. El reino de Barakat iba a dividirse en tres emiratos. La ceremonia de la coronación se realizó por todo lo alto y fue televisada. Se colocaron televisores en todas las plazas de todos los pueblos para que todo el mundo pudiera verla, fue un espectáculo para demostrar a la gente el poder, el misterio y la majestad de sus nuevos príncipes.

Sin darse cuenta, Clio estaba sonriendo.

-'Vi la ceremonia en casa de mi madre. Jamás olvidaré el momento en el que las cámaras mostraron, uno a uno, los rostros de los príncipes; en último lugar, el del príncipe Rafi.

-Naturalmente, yo era consciente de que nos parecíamos; cada vez que su foto salía en un periódico, la gente que me conocía hacía coinentarios sobre el parecido. ¿Pero qué es una fotografía? Un parecido verdadero requiere algo más

que un rostro. Ese día, el día que vi moverse al príncipe Rafi, y hablar y sonreír... fue como si me estuviera viendo en un espejo.

Clio murmuró algo para sí misma.

-Fue entonces cuando comprendí todo. El misterio de mi vida... me di cuenta de que tenía algo que ver con el parecido que había entre el príncipe Rafi y yo. Sabía que el anciano al que llamaba padre no era mi padre verdadero. «¿Quién soy?», le pregunté a mi madre temblando y furioso. «¿Qué relación hay entre el príncipe Rafi y yo?».

-¿Se lo dijo? Jalal asintió.

-A pesar de la vergüenza que le produjo lo que tuvo que confesar, ya no pudo evitarlo. Estaba enormemente desilusionada por que el gran futuro que le habían prometido para mí no hubiera llegado aquel día glorioso. «Es tu tío», me dijo. «Es el medio hermano de tu padre, el gran príncipe Aziz. En vez de ellos, podrías ser tú quien estuviera siendo coronado».

Jalal hizo una pausa, debatiéndose entre el presente y el pasado.

-Por supuesto, al igual que todo el mundo, sabía quién era el príncipe Aziz, a pesar de que hacía más de veinticinco años desde el trágico fallecimiento de él y. su hermano. Y aquel noble príncipe, aquel héroe que había muerto tan joven... era mi padre.

Clio respiró profundamente; sin darse cuenta, llevaba un tiempo conteniendo la respiración. -Debió ser terrible.

Jalal asintió.

-Me sentí perdido, como un hombre solo en el desierto después de una tormenta de arena. En esos momentos, sentí que todo lo que había creído sobre mí mismo era falso. Era el hijo ilegítimo de un príncipe muerto, el nieto de un viejo rey... ¿Cómo podía ser? ¿Por qué no me lo habían dicho?

-Debió ser terrible -repitió Clio.

-Sí, lo fue. Después de la impresión, me vi presa de una gran furia. Si no querían reconocerme porque era hijo ilegítimo, ¿por qué tanto empeño en apartarme de mi vida ordinaria, por qué tanto empeño en educarme? ¿Por qué nunca vi a mi abuelo, el rey, ni a nii abuela, su esposa más querida, durante todos esos años en los que mi futuro estaba siendo dirigido? Mi abuelo estaba muerto y yo carecía (le toda explicación.

Jalal hizo una pausa y el reflejo del sol en el agua le hizo parpadear.

-¿Qué hizo entonces?

.Jalal miró a Cilio momentáneamente; después, una vez más hacia el horizonte.

-Me dirigí a los nuevos príncipes, mis tíos. Exigí que me revelaran qué planes había tenido mi abuelo respecto a mí.

-¿Y se lo dijeron?

Jalal sacudió la cabeza.

-No, nada. Se negaron a hablar con su sobrino. Me habían sacado de la casa de mi madre, pero los que lo habían hecho se negaban a permitirme la entrada en la de mi padre.

Jalal volvió el rostro y miró a Cilio intensamente. -¿No era una injusticia? ¿No tenía derecho a estar enfadado?

-Zara me dijo que sus tíos, Rafi, Omar y Karim, no sabía nada de usted. ¿No es

verdad?

-Es verdad que a ellos nadie les había hablado de mi existencia. Después, me dijeron que, por mis cartas, tampoco habían podido ver claramente la situación. Pero alguien lo había sabido desde el principio. Mi mismo abuelo... pero no había dejado nada para mí en su testamento, ni siquiera me mencionaba.

-¿No es un poco extraño? -a Clio aquello le parecía lo menos creíble de todo.

Jalal la miró al rostro con suma intensidad. -¿Quieres decir que mis tíos sabían la verdad, pero que decidieron negarlo hasta que se vieron forzados a admitirlo? ¿Lo sabes con certeza? ¿Te ha dicho algo tu hermana?

Clio negó con la cabeza.

-No, lo único que sé es lo que usted me ha contado. Lo que pasa es que me resulta difícil aceptar que una mujer no quisiera conocer a su único nieto, el hijo de su difunto hijo.

El rostro de él ensombreció.

-Quizá... mi nacimiento ilegítimo fuera una mancha demasiado negra.

A Clio ya no le extrañó que se sintiera un hombre sin hogar.

Jalal guardó silencio mientras se deslizaban por las tranquilas aguas del lago, que parecían prolongarse como las arenas de un desierto.

-¿Qué hizo cuando sus tíos se negaron a hablar con usted?

Jalal había vuelto al desierto de su infancia, pero sus raíces habían sido arrancadas.

-El desierto ya no podía ser mi hogar. La tribu, tan ignorante, viviendo en otro siglo, temeraria de todo lo nuevo, ya no podía ser mi familia. Lo que forzó su determinación a que su familia lo reconociera, aunque para ello tuviera que tomar un rehén.

-El resto, ya lo sabes -añadió Jalal en tono irónico.

-Sí, sé el resto. Y ahora, su vida ha vuelto a cambiar. Gracias a Zara, ha demostrado su linaje, tiene los títulos y las propiedades de su padre, sus tíos confían tanto en usted que le han nombrado Gran Misir, y ahora tiene la misión de...

Jalal levantó la cabeza bruscamente y sus negros ojos se clavaron en los de ella.

-¿Misión? ¿Quién te ha dicho que yo tengo una misión?

Cilio le devolvió la mirada con expresión de sorpresa.

-Creía que el motivo por el que ha venido aquí es para perfeccionar su inglés con el fin de entrar en la universidad de Harvard en otoño para estudiar ciencias políticas. Tenía entendido que este verano la familia Blake iba a ayudarlo a conseguirlo.

La alarma desapareció de la expresión de Jalal.

-Sí, es verdad.

Cilio apartó la mirada de él, su mente llena de dudas. ¿Qué estaba pasando? ¿Acaso perfeccionar el inglés no era el verdadero motivo de su visita, sino una excusa; Pero... ;por qué? ¿Qué otra razón podía tener el príncipe Jalal para ir allí?

Capítulo Tres

Jalal se dirigió a la popa, mirando a su alrededor mientras pasaban a otro lago. Alzó ambos brazos con gesto de adoración.

-¡Es magnífico! ¡Tanta agua! -respiró profundamente-. ¡Ah, el olor del agua fresca! ¡Esta agua no tiene sal!, ¿verdad?

-No, claro que no tiene sal -contestó Clio-. Todos los lagos de Canadá son de agua fresca. -¡Barakallah! Es un milagro. ¡Y podéis beber esta agua! -a pesar de haber hecho una afirmación, Jalal miró a Clio como esperando que confirmara sus palabras.

-Sí, la bebemos -Clip sonrió; entonces, al darse cuenta de lo mucho que había bajado la guardia, endureció su corazón-. Es decir, por el momento. Puede que, en el futuro, acabe tan polucionada como todo lo demás.

Pero el contento de Jalal no admitía contaminantes.

-Debe ser protegida contra la contaminación. No debe permitirse que semejante riqueza sea destruida.

-Sí, cierto.

-¿Por qué polucionan algo tan hermoso como esto?

-Porque es más barato tirar basura que tratarla.

El príncipe Jalal asintió. ¿Era la sangre de su bisabuela que corría en las venas de aquel hombre lo que tanto le atraía de ese lugar?

-La madre de mi madre se crio en un país de lagos y bosques -dijo él en tono ausente, como si hablara consigo mismo.

-¿En serio? En ese caso, ¿cómo fue que acabó casándose con un bandido?

-En un viaje por el desierto, mi abuelo Selim la raptó. Mí abuela pasó el resto de su vida en el desierto, pero jamás se olvidó de su amada tierra ni de sus lagos.

El resultado de aquella unión dio como fruto una hija única, la madre de Jalal. Nusaybah, nacida en el desierto, oyó hablar mucho de la tierra natal de su madre; más tarde, trasmitió los mismos relatos a su hijo. También le dijo a Jalal que su abuela era una princesa en su propio país.

Aquello pareció poco probable, hasta que las pruebas de ADN demostraron que el parentesco de Jalal con el príncipe Rafi era mayor que el de Rafi con sus dos medio hermanos. Entonces, un examen del árbol genealógico mostró que la madre de Rafi, la princesa Nargis, era la hija de un príncipe cuya hermana fue raptada en el desierto y de la que nunca volvió a saberse nada.

Durante siglos, la familia veraneaba en las tierras altas, tal y como la abuela de Jalal decía siempre. Por lo tanto, el amor por los lagos y bosques le corría por las venas, aunque no había sabido hasta qué punto antes de aquel momento. Clio frunció el ceño.

-¿Así que pasó el resto de su vida en el desierto? ¿No la rescataron nunca?

Jalal sacudió la cabeza.

-En aquellos tiempos, nadie se molestaba en mas cosas. No tenía más alternativa que casarse con su raptor.

-¿Quiere decir que la familia de su abuela sabía dónde estaba, pero la dejaron allí?

-Yo no sé qué era lo que sabían, solo conozco la tradición: desde el momento en que se capturaba a una mujer de esa forma, su familia ignoraba su existencia.

Clio volvió la cabeza para mirarlo momentáneamente.

-¿Y usted lo acepta sin más?

-No es cosa mía aceptarlo o rechazarlo, Clio. Yo mismo soy el resultado de lo que ocurrió, mi madre fue el fruto de esa unión. ¿Qué puedo decir? Maktoub. Está escrito.

-¿Y también lleva en la sangre... raptar a mujeres? ¡Supongo que eso lo justifica todo! ¿Acaso esperaba que mi familia y el príncipe Rafi dejaran a mi hermana Zara en manos del destino?

Jalal sacudió la cabeza con impaciencia, pero no contestó.

-¡No, eso no le habría servido de nada! -continuó ella-. Usted sabía que Rafi tenía que rescatarla. Quizá pensó que Rafi se negaría a casarse con ella, pero eso a usted no lo preocupaba; si destruía su amor, mala suerte, ¿no? Lo único que le importaba era conseguir lo que quería.

-Mi razonamiento no fue: ese -respondió él con calma-. Pensaba que él la querría de nuevo a su lado y que la haría su esposa en el momento en que yo la devolviera, sana y salva.

Clio había conseguido enfurecer hasta el punto de preferir no responder por miedo a perder el control de sí misma por completo.

Unos minutos después, llegaron a una casa grande de ladrillo. La casa estaba a orillas de un bonito lago, menor que los que habían cruzado. Había tres colinas cubiertas de árboles elevándose a un extremo del lago, como si sus espíritus protegieran las tranquilas aguas. Unas casas más salpicaban las orillas.

Al acercarse a su destino, Jalal vio un embarcadero repleto de pequeñas embarcaciones a un lado. En la fachada de la casa, había un letrero bonitamente escrito en el que se anunciaba helado casero, una tienda de artesanía y una galería de arte.

Clio entró en el embarcadero con la motora, apagó el motor y condujo la embarcación hacia el sitio en el que iba a ser amarrada con la habilidad de la experiencia. Entre tanto, la puerta de la casa se abrió y, al menos, media docena de niños de todas las edades, cuatro perros y un par de gatos salieron gritando:

-¿Está aquí, ¿Ha venido el príncipe? ¿Cómo es? -gritaron los niños excitados.

Todos corrieron hacia el embarcadero, a excepción de los gatos.

-Tranquilos. Sí, está aquí y no quiere que lo dejéis sordo. Ven, Jonah, agarra esto --lijo Clio al espigado niño que llegó el primero, tirándole la cuerda para amarrar la motora.

-¿Es él? ¿Es ese el príncipe?

-¡No lleva corona! -gritó una pequeña criatura mirando a Jalal con profundo pesar.

Clio y Jalal intercambiaron una mirada. Ella resistió el impulso de echarse a reír.

-Los nativos de este lugar son muy expresivos -comentó él.

Entonces, Clio no pudo evitar reír.

-Ya estaban excitados cuando me marché para ir a recogerlo; ahora, después de una hora de espera, están incontrolables. ¡Bueno, apartaos todos! El príncipe Jalal quiere saltar a tierra, todavía no le apetece darse un baño.

Haciendo alarde de valor, Jalal saltó a tierra en medio de los nativos.

-¿Eres el príncipe Jalal? ¿Eres un príncipe de verdad? ¿Dónde...?

-¡Parad! -gritó Clio al lado de Jalal-. ¿Qué os había dicho? Príncipe Jalal, le presento a Rosalie, Benjamin, Sandor, Alissa, Jonah, Jeremiah, Arwen y Donnelly. Chicos, este es el príncipe Jalal.

-Bienvenido a Canadá, Alteza -dijeron varias voces al unísono.

Jalal se quedó perplejo cuando, de repente, todos los pequeños le hicieron una reverencia. Jalal no pudo contener una risotada. Las pequeña cabezas se levantaron para mirarlo con sorpresa.

-¡Gracias! -exclamó Jalal, cuando pudo hablar-. Es un honor estar aquí. Sin embargo, he de decir que no estoy acostumbrado a que me hagan reverencias ni a que me llamen Alteza.

-Pero Clio nos ha dicho que a los príncipes se les hace reverencia.

-Cho nos ha dicho que teníamos que llamarte Alteza.

Jalal reprimió a Clio con tina mirada. Ella la recibió impasible antes de volverse para hacerle un nudo a la cuerda de amarre de la motora. -Clio no me conocía, creía que yo era un hombre alto -contestó Jalal, obviamente conteniendo una sonrisa.

«Caree que no soy una contrincante a tener en cuenta, pero voy, a demostrarle su error», pensó Clio.

-Eres alto. Eres tan alto como papá. -Entonces, ¿cómo quieres que te. llamemos? -¿Por qué no me llamáis... Jalal? Ese es mi nombre y me gustaría que me llamarais así, de esa manera es como me llaman mis amigos. ¿Queréis que seamos amigos?

-¡Claro! -¡Qué bien! -¡Estupendo!

-Yo soy tu amiga, Jalal -dijo Donnelly levantando el brazo para darle la mano.

La pequeña, al instante, le había entregado su corazón.

Jalal sonrió a la niña de una forma que, en circunstancias normales, habría derretido a Clio. -¿No hay que hacer reverencias a los príncipes? -preguntó Arwen ladeando la cabeza.

-Sí, las personas tienen que hacer reverencia a los príncipes, a menos que... a menos que él les dé una dispensa especial. Pero ya que vamos a ser amigos, yo os concedo esa dispensa.

-Pero eres un príncipe de verdad, ¿no? -fue de nuevo la encantadora pequeña de cabellos rizados quien habló.

Jalal se agachó delante de ella y la miró a los ojos.

-Mi padre era hijo de un rey. ¿Soy un príncipe o no?

Los ojos de la niña se agrandaron. -Ssssí.

-Claro que es un príncipe, Donnelly. Todos los hijos de los reyes son príncipes -declaró Ben lleno de razón.

-Pero no llevas una corona -le recordó Donnelly a Jalal-. No estás como en la foto.

-¿Tienes la foto de un príncipe? -preguntó Jalal.

Donnelly asintió sin pronunciar palabra. Jalal la alzó en sus brazos y ella se agarró a su cuello con toda la confianza que un niño podía depositar en un adulto.

-Pero sí que tengo una corona, la corona de mi padre; sin embargo, los príncipes no nadan con la corona puesta, ¿no?

-¿No? -preguntó Donnelly en tono de desilusión.

-No -Jalal se echó a reír. Todos los niños guardaban silencio, parecían hipnotizados-. ¿Vas tú al colegio con el traje de bario puesto?

Donnelly, que aún no iba al colegio, lo miró agrandando los ojos; después, sacudió la cabeza con solemnidad.

-Los príncipes solo llevan la corona en sus palacios. Aquí no hay un palacio, así que por eso me he dejado la corona en mi palacio.

-Ahhh.

-Pero un día, espero que vengas a mi casa a visitarme y entonces te enseñaré mi corona. -¡Estupendo'. ¿Pueda ir yo también? -¿Tienes un palacio? ¿Puedo ir, puedo ir?

-¿Tu casa está en el desierto? ¿Es una tienda árabe o un palacio de verdad?

-¿"Tienes camellos, Jalal? ¿Cómo es el desierto?

-¿Eras un bandido antes de ser un príncipe, Jalal?

De repente, Clio vio que los dos chicos mayores estaban llevando el equipaje de Jalal a la casa y lo conducían a la cocina.

Sin duda, debería haberse dado cuenta de que un hombre capaz de aglutinar semejante número de seguidores como Jalal era un hombre de gran carisma. No le gustaba que los niños estuvieran tan fascinados con él, pero ella no podía hacer nada por evitarlo.

Al menos, de momento.

Capítulo Cuatro

-El tío Brandon vino a dejar a los chicos y volvió a marcharse. Ha dicho que no le guardemos comida -informó Rosalie cuando Clio entró en la cocina.

Era algo normal a principios de temporada. Probablemente, habría tenido que ir por más creosota o algo parecido, y comería algo en la plaza. Sin embargo, Clio habría preferido que su padre estuviera allí para recibir a Jalal.

-¿Ya estás preparando el almuerzo? -preguntó Cilio olfateando-. Huele maravillosamente, Rosalie. Siempre que su madre iba a uno de sus acostumbrados viajes con los artistas de First Nation a los que representaba en la galería, como ocurría aquella semana, Clio se quedaba encargada de la casa. Ese año, Rosalie, que

llevaba viviendo allí desde la Navidad, tras declarar que no soportaba a su nueva madrastra, estaba siendo de gran ayuda; sobre todo, ahora que Romany no estaba. Romany había ido a visitar a Zara y Rafi.

-¿Qué estás cocinando?

Rosalie se lo dijo y las dos primas, juntas, continuaron con los preparativos del almuerzo. Jalal estaba sentado a la mesa, rodeado de niños. Todos tenían algo que mostrarle, alguna pregunta que hacerle...

-Tienes que elegir una insignia -lo informó Sandor, en tono grave, sobre uno de los rituales de la casa. Sandor solo llevaba allí un mes-. Es por las tareas del día.

Le pusieron las insignias delante y,Jalal reflexionó sobre su elección, a pesar de que Clio dudaba de que estuviera comprendiendo las poco razonadas explicaciones que estaba oyendo.

-¡Está bien, hay que poner la mesa! -anunció Clio-. Lo siento, pero su club de fans tiene que trabajar.

Jalal asintió impasible, notando celos en la voz de Clio.

-¡Antes tiene que elegir una insignia! -exclamó alguien indignado.

Por supuesto, Clio tuvo que ceder.

-¿Qué insignia es la de Clio? -preguntó Jalal mientras examinaba las pequeñas insignias de plástico cuadrado, cada una con una imagen diferente, reservadas para el uso de las visitas. Durante toda su estancia allí, la insignia iba a representarlo.

-Clio es un gato -declaró Donnelly señalando un gato encima de un muro-. El negro y blanco. Yo soy una mariposa.

-Está bien. Bueno, yo elijo esta -dijo Jalal indicando una insignia con un dedo.

-¡El tigre! -gritaron los niños a coro.

-¡Un tigre salvaje! -exclamó Donnelly impresionada.

Clio y Jalal se miraron, un mensaje silencioso. Un mensaje que a Clio la puso nerviosa. -¡Bueno, a poner la mesa! -exclamó Clio. Inmediatamente, los niños se lanzaron a la realización de sus tareas.

-¿En qué puedo ayudar? -preguntó Jalal.

-Tú puedes ayudarme a mí, Jalal -dijo una voz con adoración-. Yo tengo que doblar las servilletas.

-¡Los príncipes no doblan servilletas, Donnelly! -dijo uno de los niños con un gruñido. Pero Jalal alzó una mano.

-Ningún trabajo que merezca la pena es indigno de que lo haga un hombre..

A Clio la enfureció aún más ver a Ben asintiendo con respeto como si Jalal hubiera declarado algo sumamente profundo.

Jalal sonrió a Donnelly.

-Estaré encantado de ayudarte. Por supuesto, antes tienes que ensañarme cómo se hace. Donnelly no tenía muchas ocasiones de enseñar nada a nadie; normalmente, se daba el caso contrario. Al oír las palabras de Jalal, hinchó el pecho con deleite.

-¡Es muy importante que las esquinas casen! -lo informó la niña.

Unos minutos más tarde, estaban comiendo entre la acostumbrada charla

alrededor de la mesa. Cuando sus padres estaban presentes, halúa un poco más de orden; pero cuando Clio estaba a cargo de la casa, no se molestaba en hacerles que bajaran la voz.

Pero la primera vez que uno de los chicos dijo: -¿No es verdad, Jalal?

Y el príncipe respondió:

-Lo siento, pero no he comprendido. No puedo seguir la conversación cuando todos habláis al mismo tiempo.

El orden se impuso.

Después de aquello, en el momento en que alguien trataba de interrumpir al que estaba hablando, se oía:

-Ssss, Jalal no puede seguir la conversación así!

Una vez que terminó el almuerzo, Jalal ayudó a recoger la mesa.

Clio estaba casi convencida de que lo hacía para enfadarla, porque se había dado cuenta de que estaba esperando a la oportunidad para decirle que allí, en el seno democrático de la familia Blake, el estatus de príncipe no tenía importancia. Acabó por convencerse cuando, después de que Jalal hubiera secado los cubiertos bajo el tutelaje de Donnelly, él le lanzó una de esas miradas penetrantes.

-Has ganado el primer asalto -murmuró Clio entre dientes.

-¿Solo el primero? Yo he contado tres -respondió Jalal sin darle importancia-. ¿Cuántos asaltos para acabar el combate, Clio?

El combate continuó durante varios días. Brandon enseñó a Jalal el funcionamiento del embarcadero en un par de días; al tercero, Jalal y Ben empezaron a aplicar creosota en el muelle, mientras que Jeremiha y Brandon fueron a preparar las casas de veraneo, llevándose el almuerzo con ellos. Los que estudiaban en el instituto ya no tenían clases, sino tres semanas de exámenes; sin embargo, los niños menores aún asistían a clase.

Era un hermoso día y, cuando Jalal y Ben pararon para comer, ya habían dado la primera mano de creosota.

-Es la vez que menos tiempo ha llevado -dijo lleno-. Eres muy bueno con la brocha, Jalal.

La admiración en el tono del joven hizo que Clio apretara los dientes.

-Tengo mucha práctica -respondió Jalal. -Pintas el palacio con mucha frecuencia, ¿verdad? -comentó Clio irónicamente.

Jalal la miró durante un momento, como si estuviera cansado de sus comentarios infantiles. -Aún tenemos que esperar una hora para dar la segunda mano -dijo Ben-. ¿Quieres que vayamos a dar un paseo en la motora mientras tanto? -Gracias, Ben, pero mejor lo dejamos para otro día. Hoy me gustaría hablar un rato a solas con tu hermana Clio.

A Clio se le erizó la piel instantáneamente, pero no pudo decir nada. Al cabo de un par de minutos, se encontró a solas con Jalal en la acogedora y grande cocina. Tensa y enfadada, Clio, decididamente, empezó con sus tareas acostumbradas.

-Te desagrado mucho, Clio -dijo Jalal-. Dime por qué.

Desconcertada por lo directo que él había sido, Clio se agachó para levantar el jabón del lavavajillas.

Jalal la agarró del brazo y la obligó a enderezarse.

-Creía que no te está permitido tocar a una mujer que no sea familiar tuyo -dijo ella fríamente.

Clio se sentía amenazada, no quería tener aquella conversación.

-Dímelo -dijo él, ignorando el comentario-. Quiero saber por qué eres tú la única que no quiere ser amiga mía.

Clio, tirando del brazo, se zafó de él.

-Ya te lo dije en la boda, jamás seremos amigos.

-¿Por qué no?

Clio guardó silencio.

-Tu hermana ha perdonado lo que hice. Tus padres también. `Por qué no puedes hacerlo tú? Clio se volvió de espaldas a él y echó el jabón en el lavavajillas.

-¿Crees que le hice daño a tu hermana mientras la tenía como rehén? ¿Crees que le hice año o permití que otros se lo hicieran? -insistió Jalal.

Clio no respondió. ¿Era eso lo que le daba miedo? No lo sabía. Lo único que sabía era que Jalal era una amenaza y que ella deseaba que nunca hubiera ido allí.

-Mírame, Clio.

La voz de Jalal era seductora, casi hipnótica. Sintiéndose como hechizada, Clio se volvió para mirarlo. Estaba muy cerca, demasiado.

-¿Acaso crees que la princesa Zara me habría animado a que viniera aquí, a casa de su familia, si algo tan terrible hubiera ocurrido?

-Si ella tratara de negarse a sí misma que había ocurrido, es posible -respondió Clio, a pesar de no creer ella misma sus palabras.

-¿Crees que tu hermana se ha mentido a sí misma? ¿Cómo iba una mujer a hacer algo semejante? ¿Por qué motivo?

-¿Esas cosas ocurren! ¡Las mujeres se culpan a si mismas o no quieren enfrentarse a lo que les pasa algunas veces!

Jalal la observó en silencio antes de decir con voz suave:

-¿En serio, Clio? ¿Estás segura?

-Si entendieras algo de psicología, no lo preguntarías.

-¿Te ha hecho alguien tanto daño como para que te resulte más fácil imaginar que yo he hecho daño a tu hermana en vez de aceptar lo que te ha pasado a ti misma? -preguntó Jalal.

Indignada y furiosa, Clio lanzó un gemido y cerró los puños. Nunca había tenido tantas ganas de darle un puñetazo a alguien. Pero, al mirar a Jalal, vio una expresión de advertencia en sus ojos.

-¡A mí no me ha pasado nunca nada! -estalló ella-. Vamos a dejar las cosas claras, Jalal: ocurriera lo que ocurriese en tu campamento, somos enemigos, y es por lo que tú hiciste.

Jalal negó con la cabeza.

-No somos enemigos. No es eso lo que hay entre tú y yo -declaró él en tono quedo.

Capítulo Cinco

Clio sintió un escalofrío recorrerle el cuerpo. -Utilizas a tu hermana como excusa para evitar enfrentarte a lo que te asusta a ti. Es eso lo que te ocurre, ¿verdad?

Jalal se acercó más a ella, y Clio, al retroceder, se chocó contra la encimera de la cocina.

-¡Yo no estoy asustada de nada! -protestó ella violentamente.

-Bien -susurró él.

Cuando ella alzó la mano para protestar, él se la agarró por la muñeca. Clio se puso tensa, furiosa.

Despacio, Jalal se inclinó sobre ella.

Iba a besarla N, no podía permitírselo. Clio quería pegarle, pero no parecía capaz de moverse.

-¿Siempre haces lo que quieres sin pedir permiso? -preguntó ella en tono exigente..

-Quiero besarte -murmuró Jalal, su boca a escasos centímetros de la de Clio-. En este país, ¿los hombres piden permiso para hacer eso? Clio tragó saliva.

-Sí -respondió ella en tono desafiante. -En ese caso, no comprenden nada.

Jalal se acercó más a ella y Clio sintió aquel brazo rodearle la espalda, sintió la firme mano de Jalal en la cintura. Lo sintió acariciarle la piel desnuda entre los bajos pantalones cortos y la camiseta que acababa muy alta. Se estremeció de pies a cabeza. Los pechos le temblaron.

De repente, Clio se enfadó consigo misma. ¡Ese hombre sería siempre su enemigo!

-¿Qué hacen los hombres en el desierto, apoderarse de lo que quieren? ¡Sí, claro que eso es lo que hacen! Tú demostraste que...

-En el desierto, primero nos cercioramos de que una mujer quiere que la besen; cuando estamos seguros, la besamos sin pedir permiso.

La arrogancia masculina de él enfureció más a Clio, que apretó los dientes para evitar gritarle que era un bárbaro arrogante. Jalal le acarició la espalda mientras, con la otra mano, le tocaba la nuca y le corría el dedo pulgar por la mandíbula.

Clio sintió sus labios hincharse... ¡Pero no quería que él la besara! Sin embargo, Jalal era tan hechicero como una serpiente...

Al mirarlo a los ojos, vio en ellos un deseo que la conmocionó. La estaba contemplando como un hombre muerto de hambre delante de un festín. El corazón de Clio empezó a galopar. Un sentimiento que no reconoció la embargó.

-Entonces... jamás me besarás -dijo ella, cuando por fin encontró la voz.

Las manos de él casi le quemaron la piel. -¿Me estás desafiando, Clio? Cuando una

mujer desafía a un hombre, es mejor que sepa lo que hace, ya que él podría aceptar el desafío. CAio no sabía por qué aquellas palabras, de repente, la atormentaron. Su cuerpo entero estaba

electrizado. Se sentía casi mareada. Deseó que él se apartara para así poder respirar.

-No me sorprende que interpretes un «no» como un desafío.

Él sonrió.

-No he oído la palabra «no», Clio. ¿La has pronunciado?

Bip, bip, bip, bip, bip...

Ambos dieron un respingo. Jalal frunció el ceño v volvió la cabeza mientras Clio trataba de recuperar el sentido.

-¿Es una alarma de incendio? -preguntó Jalal. Por fin, Clio identificó el pitido.

-¡Oh, Dios mío, es la alarma contra robo! -gritó Clio.

Jalal la soltó al momento y ella corrió al panel de monitores que su padre tenía encima del escritorio en un gabinete. Una docena de luces brillaban con corriente continua, una de ellas parpadeaba.

Clio se agachó para ver a qué lugar correspondía.

-¡Solitaire! No puede ser papá, no iba allí hoy. Jalal la miró mientras ella abría un mueble para sacar de él unas llaves; después, se apartó de str camino cuando Clio se volvió, fue corriendo a la puerta de la cocina y la abrió.

-¡Ben! -gritó Clio.

Jalal la siguió cuando ella salió corriendo hacia el embarcadero. Le pisaba los talones cuando Clio llegó a la motora. Ella, rápidamente, desató la cuerda de amarre de la motora y, cuando, Jalal se agachó para saltar a proa, Clio saltó a bordó y puso en marcha el motor.

Entre tanto, Rosalie y Donnelly corrieron hacia el muelle desde donde estaban en la playa.

-¡La alarma antirrobo de Solitaire está sonando! ¡Lo más seguro es que sea un mapache! -gritó ella en el momento en que Jalal saltaba a horclo con más gracia y habilidad que la primera vez.

Clío giró la motora y, al llegar al final del muelle, continuó gritándoles a Ben y Rosalie:

-¡Será mejor que llaméis a papá para decirle que yo ya voy para allá y que lo llamaré si hay algún problema!

Rosalie tomó a Donnelly de la mano y los tres asintieron.

-¡Ten cuidado! -gritó Rosalie, mientras Clio se alejaba del embarcadero.

-¿Qué es Solitaire? -preguntó Jalal colocándose al lado de ella.

Clio parpadeó como si acabara de darse cuenta de su presencia en el barco.

-¡Ah, hola! -dijo Clio, Solitaire es una de las casas para alquilar. Está algo aislada.

Jalal sabía que la familia Blake era propietaria (le varias casas de campo a las orillas del lago que tenían para alquilar. Había ido a un par de ellas con Brandon para hacer algunas reparaciones. -¿Tu padre se, va a reunir allí con nosotros? Clio se

encogió de hombros.

-A no ser que yo lo llame porque haya ocurrido algo malo, no creo que venga. Depende de dónde esté, supongo. Ben le dirá que tú estás conmigo.

-¿Qué armas llevas en la motora? Cilio parpadeó.

-¿Te refieres a... pistolas y cosas así? -Clip sacudió la cabeza-. Aquí no tenemos nada que hieda llamarse un arrea. No vamos a matar al mapache, solo vamos a abrir la puerta para asustarlo y obligarlo a que salga. Lo importante es llegar antes de que consiga destrozarlo todo.

Jalal la miró con calina.

-¿Estás segura de que se trata de un mapache? -Bueno, también podría ser un ciervo que se haya asustado por algo y haya saltado por la ventana hasta dentro de la casa. Sin embargo, lo más seguro es que, por algún motivo, se hayan roto los cristales de una ventana y, de alguna manera, el mapache haya conseguido quitar la rejilla. Solitaire está vacía esta semana.

¿Que un mapache podía arrancar la rejilla de una ventana? A Jalal le gustaría ver una proeza así.

-¿Y si no se tratara de un mapache? -¿Qué?

-¿Vas a enfrentarte a unos intrusos en un lugar apartado, desconociendo el número, sin arma defensiva de ningún tipo?

Clio parpadeó.

-¿Y te ha sorprendido verme a bordo? -continuó él cruelmente-. ¿Estabas dispuesta a ir sola? Jalal estaba enfadado, se le notaba.

-Estoy segura de que es un mapache -respondió Clio en tono casi aplacador-. Tenemos que llegar cuanto antes para evitar que lo destroce todo. Los mapaches son terribles; a veces, dejan las casas en peor estado que los ladrones.

A pesar de que no lo había convencido, Jalal asintió.

-¿Tienes miedo? Por aquí, la gente no suele ser violenta, solo roban.

Jalal negó con la cabeza.

-¿Cuántas veces has tenido que enfrentarte a gente que solo entra en una casa a robar?

Clio se avergonzó de sí misma. Había actuado con demasiada rapidez, pero quizá hubiera sido por culpa de Jalal: si él no la hubiera hecho sentirse tan confusa, no habría reaccionado tan precipitadamente. Sin embargo, Jalal tenía razón: ¿y si no era un mapache?

Clio clavó los ojos en los fuertes hombros de Jalal e, inconscientemente, se relajó.

-Me parece que mi padre sorprendió a unos tipos una vez; pero cuando oyeron la motora, salieron corriendo antes de que mi padre llegara.

Jalal no hizo ningún comentario. Entonces, miró a su alrededor.

-Dónde guardáis las cosas en esta motora? -Hay algunas cosas abajo y otras están en las cajas debajo de los asientos.

Jalal fue a la popa y Clio notó, no por primera vez, la agilidad de sus movimientos.

Jalal tenía un cuerpo bien formado y musculoso. Un felino, una pantera, con la promesa del poder en cada uno de sus movimientos. El tigre había sido una acertada elección, a pesar de que él solo lo hubiera hecho por irritarla.

Jalal encontró un remo. Satisfecho, volvió al lado de ella y se sentó a su lado.

De repente, Clio se sintió completamente a salvo con Jalal.

-¿Dónde está Solitaire exactamente? -preguntó él.

Clio se lo describió: una isla en un estrecho y poco profundo río que se estrechaba hasta convertirse en un riachuelo innavegable. Solo había un camino de llegar allí por el agua, el camino que ellos iban a tomar. Un pintoresco puente de madera cruzaba por encima de las aguas, pero solo conducía a un camino que se adentraba en el bosque y por el que había que andar varios kilómetros hasta llegar a la casa más próxima.

Jalal escuchó en silencio, y ella notó que estaba haciéndose una imagen mental del lugar. Clio se esforzó por darle más detalles, describiéndole el muelle y la zona que rodeaba la casa.

-Hay está la boca del río -dijo ella por fin, y Jalal asintió.

-Tú te quedarás en la motora hasta que yo haya examinado el lugar -dijo él-. Mantén el motor en marcha. De haber algún peligro, darás la vuelta con la motora en el momento en que yo te lo diga e irás a buscar a tu padre o a la policía. ¿Has comprendido?

Clio se puso rígida.

-¡Eso no es un campamento rebelde, príncipe Jalal! ¡Y yo no soy uno de tus seguidores!

-No -respondió él con calma-. Ninguno de mis seguidores habría sido tan estúpido. En cualquier caso, vas a obedecerme. Si alguien te capturase, no podría hacer nada. Tendría que rendirme si alguien amenazara con hacerte daño.

Capítulo Seis

El río se llamaba Aguja Torcida debido a su forma. 1.a casa estaba al otro extremo de la isla y Cho sabía que el follaje de arbustos y árboles ahogaría el ruido del motor de la lancha hasta que casi llegaran al embarcadero. Se aproximó a loca velocidad.

Había una motora pequeña amarrada al muelle por una gruesa cuerda. Había objetos en el muelle. Clio vio un televisor, un vídeo y una caja de cartón. La puerta delantera de la casa estaba abierta, colgando de las bisagras. Había más objetos que habían sacado de la casa en el porche.

No se trataba de un mapache. Lanzó una mirada a Jalal al deslizarse por el muelle. Justo en ese momento, un hombre salió al porche con tina aspiradora en los brazos.

Jalal pareció calibrar su situación y, rápidamente, tomó una decisión.

-Quédate en la lancha y no apagues el motor, y márchate inmediatamente si yo te lo digo -ordenó él con voz queda.

Jalal saltó al muelle y se quedó quieto, apoyándose perezosamente en el remo que llevaba consigo.

El hombre que había salido de la casa, tras vacilar un momento, echó a andar hacia el embarcadero. Era un hombre de unos cuarenta v tantos años, delgado y desgarbado, con cabello castaño hasta los hombros; sus ropas, una camiseta verde claro y unos pantalones vaqueros negros, estaban gastados, pero no sucios.

-¡Hola! ¿Puedo ayudarlos en algo? -dijo el hombre alzando la voz, pero demasiado.

Clio esperaba que Jalal se hubiera dado cuenta de la estratagema: alzar la voz para que alguien lo oyera, alguien que estaba dentro de la casa.

-Está de traslado? -le oyó Clio decir a Jalal. -Ojalá -respondió el hombre sonriendo maliciosamente cuando Clio volvió a levantar la cabeza.

Se notaba que el hombre no quería acercarse al muelle, pero no tenía otra alternativa. Dejó en el suelo la aspiradora y volvió a enderezarse.

En la puerta de la casa, se vio una sombra moverse.

-No, solo soy el encargado de la mudanza -respondió el hombre.

Jala! asintió.

-Entiendo. Sin embargo, me parece que se ha equivocado de dirección, porque esa casa está deshabitada. ¿Por qué no se sube a su lancha y se marcha?

El hombre fingió indignación.

-Eh, arraigo, ¿con quién cree que está hablando? -pero Clio detectó debilidad en su voz y lanzó un suspiro de alivio.

El hombre ya se estaba acercando a su motora.

-Sé perfectamente con quién estoy hablando, por lo que puedo asegurarle que ha cometido un error. Vamos, súbase a su lancha y váyase, y llévese también a sus amigos -Jalal alzó más la voz y miró hacia la casa-. ¿Por qué no salen ustedes también? Su amigo se marcha y será mejor que lo acompañen.

Un individuo apareció en la puerta principal de la casa.

-¿Qué demonios está pasando?

Clio apretó los dientes. Aquel hombre era muy diferente a su compañero; era alto, fuerte y musculoso, llevaba la cabeza afeitada y su actitud era amenazante. Sus ropas de camuflaje eran más nuevas que las del otro hombre. También llevaba botas altas y varios pendientes de metal en una de las orejas.

El segundo hombre bajó los peldaños del porche de la casa y se acercó al embarcadero. Jalal no se movió. El ladrón se acercó a él hasta detenerse a un metro aproximadamente y luego escupió en el suelo.

-¡Vaya, un moro! -sus ojos abandonaron aja]al para fijarse en ella, y a Clio se le hizo un nudo el estómago-. ¡Y una chavala!

Clio tembló de repulsa. El hombre volvió a mirar a Jalal.

-Gracias por traerme el postre, Saddam. Ahora ya puedes marcharte, a no ser que quieras ser tú el segundo plato.

-¡Ooofff! -la exhalación pareció salirle del cuerpo en un estallido cuando Jalal le golpeó en el pecho con el remo.

El ladrón pareció saltar al aire y doblarse por la mitad simultáneamente.

-¡A tu espalda! -gritó Clio cuando el hombre más débil se tiró a Jalal.

Pero en vez de conectar con su cuerpo, pareció volar por encima del hombro de Jalal cuando este tiró el remo, le agarró el brazo, le hizo una llave y lo tiró.

El hombre cayó encima del más corpulento y gritó como un animal. Impacientemente, su compañero lo echó a un lado y la razón del grito se hizo evidente cuando se vio la mano empañada en sangre del hombre más delgado, quien, accidentalmente, había puesto la mano en el cuchillo del que llevaba el traje de camuflaje, y que exhibía un corte desde el hombro a la cintura del que manaba la sangre.

El hombre herido lanzó una violenta maldición. -¡Eh, estoy herido, tío, estoy herido!

Su compañero lo ignoró y se puso en pie. -Oye, Saddam, no deberías haber hecho lo que has hecho. No deberías haberme enfadado. Jalal estaba de pie, quieto, con los brazos caídos y relajados.

-Tu amigo necesita un médico. Subid a la lancha y marchaos.

-¡Eh, tío, estoy sangrando mucho! ¡Venga, hagamos lo que dice y vámonos!

-Tira las llaves de la motora al muelle, Saddam, deja a la chica aquí, súbete a mi lancha y márchate. Así no le pasará nada a nadie -le dijo el ladrón a Jalal, que continuaba ignorando a su compañero.

Jalal no respondió.

-¿Es que no me has oído, moros -el ladrón empezó a pasarse el cuchillo de una mano a otra.

Era unos centímetros más alto que Jalal y unos quince kilos más pesado.

Jalal siguió sin hablar.

-No voy a hacerle daño a la chica, no te preocupes por eso. En realidad, voy a tratarla muy bien. Sin embargo, a ti, si no te marchas ya, voy a Hacerte mucho daño y...

Como si estuviera bailando, Jalal dio un paso lateral, levantó una pierna y golpeó con el pie la mano en la que el ladrón tenía el cuchillo. El hombre lanzó un grito de dolor, y Clio vio que su brazo se doblaba por donde no debía. El ladrón se agarró el brazo con la otra mano y, de repente, sintió la mano de Jalal cerrarse sobre su muñeca. A continuación, Jalal le dio un golpe en el hombro con la otra mano y el ladrón, tras tropezarse con el televisor que estaba en el embarcadero, cayó hacia delante y acabó aterrizando en su lancha motora.

Gritó salvajemente, con agonía; se agarró el brazo, se tocó el hombro y lanzó una retahíla de maldiciones.

-¡Mi hombro! ¡Mi hombro! -gritó el hombre. Jalal se volvió hacia el otro ladrón, que con dificultad se estaba poniendo en pie. Sus ojos se agrandaron al mirar al rostro de Jalal.

-¡Estoy herido, no me pegues!

-Métete en tu motora y vete de aquí con tu amigo.

Clio jadeó al oír el tono amenazante de la voz de Jalal.

-¡No puedo! ¡No puedo conducir una motora! ¡Eh, tío, estoy herido! Tienes que llamar a un médico.

-Fuera de aquí -dijo Jalal en tono quedo.

El hombre se tragó su protesta y saltó a la motora. Su amigo seguía gritando de dolor. El hombre delgado logró arreglárselas para poner el motor en marcha.

-¡Eh, la cuerda de amarre! ¿Puedes desatar la cuerda, eh? -gritó el ladrón.

Jalal se agachó, agarró el ensangrentado cuchillo y de un tajo cortó la cuerda.

Por fin, los ladrones dieron la vuelta a la motora y se alejaron. Entonces, Clio apagó el motor de su lancha.

-¿Crees que deberíamos seguirlos para asegurarnos de que se han ido y no volverán? -preguntó ella.

Jalal negó con la cabeza. -No es necesario.

Clio tiró a Jalal la cuerda de amarre y este la ató al muelle. Después, ella aceptó la mano que Jalal le tendía para saltar a tierra.

Al tocar la electrizante piel de Jalal, Clio comenzó a temblar.

-¿Te encuentras bien, Jalal? ¿No estás herido? -susurró Clio-. ¿No te ha cortado?

-No, no me ha pasado nada -respondió él con firmeza.

-¡Oli, gracias a Dios! ¡Cuando vi el cuchillo...! Jalal, sin mediar palabra, la rodeó con los brazos y, de repente, una intensa sensación se apoderó de Clio.

-Jalal! -exclamó ella con voz ronca-. ¡Oh, Jalal! Clio levantó la cabeza para tocarle el rostro con el suyo, para asegurarse de que estaba vivo, de que era real.

Una diminuta sonrisa llena de ternura asomó a los labios de Jalal; después, bajó la cabeza y buscó los labios de Clio con los suyos. Fue entonces errando Clio recordó que, apenas una hora antes, ese hombre era su enemigo... pero ya no tenía importancia. Un alivio sumamente dulce se apoderó de su cuerpo al sentir el de Jalal; entonces, lo abrazó y deseó que la besara más profundamente.

De súbito, como si el abrazo de Jalal fuera lo que había necesitado para liberar la tensión, Clio comenzó a temblar de forma incontrolable. Estaba recordando cómo la había mirado el ladrón. Cuando Jalal apartó los labios de los de ella, Clio se echó hacia atrás, cerrando los ojos con fuerza.

-¡Oh, Jalal, gracias a Dios que estabas aquí! ¡Dios mío, si hubiera venido sola...!

Temblaba de pies a cabeza. Jalal la rodeó con un brazo y la guio hasta un banco de madera que había al borde del agua.

-Siéntate.

Ella lo obedeció y Jalal sonrió.

-No eres tú misma, me has obedecido sin protestar.

Cilio le devolvió la sonrisa, pero se sentía mal. -¡No puedo dejar de temblar!

Jalal se sentó a su lado, la rodeó con los brazos y la acunó contra su pecho. Cilio

sintió lágrimas resbalándole por las mejillas, pero no hizo nada por contenerlas. Hacía una hora, habría jurado que aquel era el último hombre sobre la tierra delante del que mostraría su debilidad.

-Gracias -murmuró ella entre sollozos-. Siento haberme puesto así, pero no soy capaz de parar.

El se limitó a sujetarla en sus brazos con mas fuerza.

Por fin, con una lacrimógena sonrisa, Clio preguntó:

-No tendrás, por casualidad, un pañuelo de papel, ¿verdad?

Jalal se metió una mano en el bolsillo, encontró un arrugado pañuelo, aunque limpio, y se lo dio.

-Je encuentras mejor ya?

-Sí, mucho mejor. Gracias otra vez -dijo ella secándose los ojos. Después, se estremeció-. ¡Podrían haberte matado!

Jalal sonrió.

-No uno como ese.

-¡Oh, Dios mío, era horrible! Jalal no contestó.

-Creo que será mejor que llamemos por radio a la policía para contarles lo que ha pasado y para que los busquen -dijo Clio.

-Sí Jalal asintió-. Tú llama por radio a la policía mientras yo inspecciono el lugar. Por favor, no te muevas del barco hasta que yo me asegure de que todo está bien.

Jalal se levantó y empezó a caminar hacia la casa.

Clio saltó a la lancha, llamó por radio a la policía y luego llamó por radio a su casa. Cuando Ben contestó, Clio le contó lo ocurrido y siguió conectada con él hasta que Jalal salió de la casa y le hizo una señal, indicándole que todo estaba bien.

-Bueno, Ben, te volveré a llamar cuando estemos listos para volver -dijo Clio finalizando la comunicación.

Clio saltó al muelle y allí se reunió con Jalal. -¿Cómo está la casa?

-No demasiado mal -respondió él-. No la han destrozado.

Clio lanzó un suspiro de alivio.

Ambos emprendieron la tarea de restaurar el orden de la casa después de volver a meter los objetos que los ladrones habían sacado.

Aquella noche, tuvieron que contar su aventura durante la cena, delante de un público fascinado. Brandon había comido algo rápidamente y volvió a Solitaire con Jonah para hacer algunos arreglos. El resto de la familia estaba sentada alrededor de la mesa.

La policía había ido a Solitaire para tomar huellas dactilares y también habían recogido el cuchillo. Al día siguiente, se instalaría una nueva puerta de entrada y se colocaría un nuevo espejo, que los ladrones habían roto, para acabar de arreglar la casa que iba a ser ocupada el fin de semana.

A los chicos los entusiasmó la aventura, pero lo que más los impresionó fue «la magia kung fu» de Jalal, como habían decidido llamarla.

-¿Has estudiado artes marciales, Jalal? -preguntó Ben.

Jalal se estaba convirtiendo en un héroe, pensó Clio; pero... cómo iba a molestarla ya, después de lo que había ocurrido? Si Jalal no la hubiera acompañado, no quería ni imaginar lo que hubiera podido pasarle.

Clio se sentía confusa. Jalal había secuestrado a Zara y la había utilizado como rehén, pero también la había salvado a ella de algo tan horrible que ni siquiera quería imaginar. Las dos caras de Jalal eran irreconciliables, y ella se debatía en tamaña maraña de contradicciones.

Cuando volvió a centrarse en la conversación, Jalal estaba accediendo a enseñar a Ben los rudimentos de las artes marciales, y los demás chicos le estaban rogando que no los excluyera.

-Puedo enseñar a uno o puedo enseñar a todos -dijo Jalal en tono apaciguador-. Podemos hacerlo... si todo el inundo viene a clase a diario, a menos que tenga una buena razón para no hacerlo. Si queréis aprender, entonces lo haremos. Pero se necesita disciplina.

Todos asintieron solemnemente mientras contemplaban la expresión de autoridad de Jalal; y, de repente, Clio se enfadó. ¿Iba Jalal a reclutar seguidores en el seno de su familia?

-¿Enseñabas artes marciales a tus seguidores? -le preguntó Clio después de que los chicos se marcharan para recoger una habitación y sacar unos colchones.

Jalal notó la hostilidad de su tono y frunció el ceño mientras la contemplaba, sentada al otro extremo de la mesa. Estaban solos en la cocina; afuera, anochecía.

-Sí, muchos de ellos aprendieron artes marciales.

-Es una pena que Zara nunca hiciera un curso de defensa personal.

-Tu hermana es una mujer valiente y con recursos, pero la defensa personal le habría servido de poco en semejante situación.

-Vaya, la admiras. ¿Hasta qué punto la admiras?

-Demasiado para hacerle lo que ese sinvergüenza te habría hecho a ti hoy. ¿Acaso nos estás comparando?

Clio cerró los ojos. Los estaba comparando? ¿Por qué estaba enfadada con él, a pesar de lo que Jalal había hecho ese día?

-¿Tan diferente es lo que tú hiciste? Jalal tensó la mandíbula.

-Si no confías en mí, Clio, es porque no confías en ti misma. En el fondo, sabes la respuesta. En realidad, no es que no te fíes de mí, de lo que no te fías es de tus propios sentimientos. Pregúntate por qué.

Clio oyó sus pisadas mientras subía las escaleras, oyó a los chicos llamándolo, oyó cerrarse una puerta.

Cho se quedó sola sentada a la mesa mientras las sombras espesaban. Los perros, sintiendo su angustia, le lamieron una mano.

Pregúntate por qué».

Capítulo Siete

Madeleine Donnelly y Brandon Blake se conocieron en Love's Point en los años sesenta, en el apogeo de la cultura hippie. El primer verano que pasaron allí se enamoraron. Maddy pintaba con tiza retratos para los turistas, y Brandon tocaba la guitarra.

Unos años más tarde, decidieron comprar una casa casi en ruinas, con ayuda de sus padres para pagar la hipoteca, y la restauraron. La casa llamada Amor había sido construida en el siglo diecinueve por una familia que le había dado el nombre al lugar. Antaño un complejo veraniego para la gente adinerada de Toronto, Love's Point sufrió en los tiempos de la Gran Depresión y la gran casa victoriana se convirtió durante un tiempo en un hotel barato. Hacía finales de los años sesenta, estaba abandonada.

Ahora, treinta años más tarde, aquel lugar había cobrado nueva vida y la familia Blake gozaba de buena reputación; al igual que los primeros propietarios, eran dueños de la mitad del lago. El imperio en expansión de la familia Blake contaba con una marina, una heladería, casas de alquiler en la zona, una cabaña museo con un establo convertido en estudio para pintores y escultores, una tienda de artesanía y el «bebé» de Maddy, una cada vez más importante galería de arte en la que, principalmente, había arte First Nation.

Cuando la casa estuvo a medio terminar, Maddy y Grandon decidieron que había llegado el momento de tener hijos; y una vez que empezaron, no parecieron capaces de parar. Ahora, había nueve Blakes; de los cuales, los dos mayores estaban en la ciudad. Pero ahí no acababa la historia, ya que la familia Blake tenía una fuente interminable de primos y amigos y, de una forma u otra, siempre había alguien que iba allí a pasar una temporada.

A los veintidós años, Clio era la tercera empezando por el más mayor. Zara y Jude ya habían abandonado el hogar familiar, y Clio sabía que la gente pensaba que ella sería la siguiente en hacerlo. Pero Clio no iba a ir a ningún sitio. Aquel lago y la zona en la que estaba eran su hogar espiritual. Tenía suerte, había nacido en el lugar al que pertenecía.

Mientras que su hermana Zara siempre había soñado con viajes al extranjero y con ver los lugares lejanos de los que sabía por los libros que había leído, Clio siempre había soñado con casarse y tener muchos hijos como su madre. Profesionalmente, sus aspiraciones no iban más lejos de dirigir la galería de arte de su madre, de la misma forma como ya era la encargada de la heladería.

Todo lo que siempre había querido estaba allí, al alcance de su mano.

Todo, excepto una cosa.

La primera vez que vio a Peter Clifford fue el primer día en el instituto, y se enamoró de él al instante. Peter ya estaba en el último año. Era guapo, con espesos cabellos rubios y traviesos ojos castaños... y un cuerpo de muerte.

No le costó mucho averiguar que, todos los días después de las clases, Peter iba a la tienda de coches de su padre. Tampoco tardó en averiguar que el autobús que la

llevaba del instituto a Love's Point pasaba por la tienda Clifford's. Después de aquello, varias veces a la semana después de las clases, Clio recorría a pie el trayecto de tres paradas de autobús, pasaba de largo la tienda y luego tornaba el autobús en la siguiente parada. Casi siempre obtenía la recompensa de. ver a Peter delante de la tienda o dentro, a través de los cristales del escaparate.

Citando él la saludaba, Clio se sentía feliz. Peter y Zara empezaron a salir juntos, y a Clio casi no le importó. Ningún miembro de la familia estaba enterado de sus sentimientos por Peter, por lo que no pudo decirse que Zara se lo quitara. Además, le pareció justo que su despampanante hermana se llevara al chico más guapo de la región. En cualquier caso, Cilio sabía que era demasiado joven y demasiado corriente para despertar el interés de Peter.

La relación de Zara con él era muy informal. Zara le dijo a Clio que lo último que quería era tener relaciones con un chico de allí sin ninguna ambición.

Clio tenía quince años cuando Zara, la hermana a la que adoraba, se marchó para estudiar en la universidad. Entonces, la magia con la que había soñado ocurrió. Tan solo dos semanas después de la marcha de Zara, Clio pasaba andando In w delante de la tienda de coches cuando, de repente, Peter le salió al paso.

-Hola, Clio. Vaya, te has hecho una mujer de repente -dijo él con una sonrisa que la hizo derretir.

-¿Acabas de notarlo? -respondió ella en tono ligero, aunque estaba hecha un manojo de nervios por dentro.

-Eres casi tan guapa como tu hermana -dijo él. Y, como tina tonta, Clio lo tomó como un cumplido.

Peter le pidió que salieran juntos y esa misma noche fueron a dar un paseo en el fabuloso coche deportivo de él. Y mientras Peter conducía, con la mano que tenía libre acariciaba perezosa riente las mejillas y el cuello de Clio al tiempo que le repetía de nuevo lo hermosa que era y lo mucho que había madurado.

Salieron juntos durante todo el otoño y sus besos se hicieron más apasionados. A ella la enloquecía estar a su lado.

Cuando llegaban al punto de casi consumar sus caricias, Peter siempre se detenía.

-Todavía no, cielo -le susurraba a ella.

Por su parte, Cilio era tan joven, tan inocente y estaba tan loca por él que no le habría negado nada que le hubiera pedido. Pero sabía que Peter realmente la quería porque estaba decidido a esperar. Por lo que sus amigas le decían, no había muchos chicos que fueran tan considerados y tan poco egoístas como Peter.

Peter cumplió los veinte años en noviembre, el cumpleaños de Clio era en diciembre.

El día de su decimosexto cumpleaños, Peter la llevó a cenar a un restaurante en la ciudad vecina, y la trató como a la mujer adulta que ya era. Esa noche, Peter le sonrió corno si hubiera tornado la decisión de que iba a ocurrir aquella noche. Esa noche. Y Clio se preguntó si ya le habría comprado el anillo de compromiso...

Salieron del restaurante y fueron directamente a un motel. Cuando Peter cerró

la puerta de la habitación y la tomó en sus brazos, al oír su apasionada respiración, Clio se derritió.

-Zara -susurró él-. Zara...

-¡Peter! -Clip le tiró de la barbilla para obligarlo a que la mirase-. Peter, ¿qué has dicho? -¡Oh, cielo! ¡Oh, cielo! Perdóname, cariño, pero lo sabías, ¿verdad?

Lo único que Clio sabía era que jamás olvidaría aquel momento.

No se resistió para evitar lo que pasó a continuación. Ahora, en la actualidad, cuando pensaba en la extraña pasividad que la invadió al oír esas palabras, suponía que fue por entrar en estado de shock.

Cuando Peter consumó el acto; ella, tumbada en la cama, lloró.

-Creía que era lo que querías -le había dicho Peter con voz sedosa.

-Sí, no -le respondió ella.

Pero fue aún peor. Cuando Peter la llevó de vuelta a casa, le confesó lo profundamente enamorado que estaba de Zara.

-Estoy tan loco por ella corro tú siempre lo has estado por mí.

Con un nuevo cinismo, Clio preguntó:

-¿Por qué has esperado hasta ahora? Si lo Único que querías era una Zara de segunda clase, ¿por qué has esperado tanto?

Peter le sonrió.

-Cielo, eras menor de edad. Sabía que estabas enamorada por mí y que harías lo que yo quisiera, pero... ¡quince años! Hoy te has convertido en una persona adulta, ya no hay problema con la ley.

Clio salió de su ensimismamiento, alejándose de esos amargos recuerdos, y se puso en pie. La luna ya ascendía por el cielo. De repente, sintió necesidad de respirar aire fresco.

Clio agarró a los perros y salió de la casa a dar un paseo.

-Assalaamu aleikum -le dijo una voz por el auricular del teléfono.

Tras titubear unos instantes, en el oscuro pasillo, Jalal miró a su alrededor y respondió:

-Waleikum assalaam.

Se hizo un momentáneo silencio. -Creo que conoces mi voz.

El uso de la contraseña hizo que Jalal se relajara. -¿Hay noticias?

-Corre un rumor.

Jalal guardó silencio, a la espera. La ventana al final del pasillo estaba abierta, pero su voz no podía ser oída desde fuera.

-Un rumor que dice que los príncipes te han enviado aquí, secretamente, al exilio; y que tu silencio al respecto es el precio de tu vida.

Jalal continuó sin hablar, observando las sombras.

-Puede significar peligro. Jalal sonrió.

-¿Y cuál es el supuesto motivo de mi desaparición?

Una suave risa.

-¡Cual va a ser! Que estabas conspirando para hacerte con el trono de Barakat.

-Ah.

-Mantente alerta. Ma'assalaam.

-Ma'assalaam -repitió Jalal, y sigilosamente colgó el auricular del teléfono.

Al subir los escalones del porche tras el paseo con los perros, Clio se puso tensa. La piel se le erizó. Sabía que era él.

- Papá?

La voz de Jalal salió de las sombras.

-Se ha ido con todos a dar un paseo en la lancha por el lago.

-¿Y tú no has ido? -Como puedes ver.

La voz de Jalal sonaba dura; normalmente, esa voz era una caricia. Con un pie en el peldaño superior, Clio se. detuvo, casi temiendo entrar en la oscuridad en la que él esperaba.

Si intentara hacerle el amor, ¿qué haría ella? ¿Y por qué insistía en tratarlo como lo hacía? ¿Jalal no era un hombre violento, ¿no lo había demostrado ese mismo día?

Las piernas de Clio eran largas y el fino tejido de los pantalones shalvar que llevaba, pantalones que terminaban debajo de la rodilla, mostraba su forma.

Jalal tensó la mandíbula. Ella se quedó quieta, temblando, pensando que su reacción obedecía al miedo; pero él sabía que respondía a la promesa del deleite.

-¿De qué tienes miedo? -preguntó él bruscamente.

-¿Queeeé? -susurró ella.

-Hoy te he besado -continuó Jalal con voz áspera-. ¿Es por eso por lo que me tienes miedo? -Sí... no -murmuró ella, aún inmóvil. -Tienes miedo de que sintamos más placer que el que seas capaz de soportar, Clio?

La respiración de ella se hizo audible. Clavó los ojos en la silueta de Jalal, sentado en el viejo sofá de caña, con los brazos extendidos a lo largo del respaldo, con las piernas separadas. Incluso en la oscuridad, sintió el impacto del ofrecimiento de su sexo.

-No -respondió ella.

A Clio, la idea casi la hizo reír. Pero, por algún motivo, no podía reír, no podía decirle lo incorrecta que había sido la suposición sobre su capacidad sexual.

-La promesa de un placer sobrecogedor entre un hombre y una mujer es algo extraordinario -susurró Jalal, como si ella no hubiera respondido-. A mí también casi me da miedo. Quizá eso sea natural, pero los viejos poetas aseguran que ser capaz de abandonar el ego en el momento de la unión es un don.

Cilio le vio bajar un brazo del respaldo del sofá y extenderlo hacia ella. Se mojó los labios, incapaz de contestar.

-Clio -dijo él con voz suave, casi irresistible-, deja que te. muestre la raíz del miedo que te causo.

Cautiva por la virilidad de aquel hombre, Clio apenas podía respirar.

-Sé qué es lo que me causa miedo -dijo ella, pero su voz, en vez de fuerte y dura, le salió ronca.

-Quiero convencerte de que no hay nada que temer -murmuró Jalal.

Un avaricioso rayo de luna acarició un oscuro rizo del cabello de Jalal y, de repente, Clio tuvo celos.

Clio sacudió la cabeza para deshacerse de tan loca idea.

-¡No es el placer lo que me da miedo! -En ese caso, ¿qué es lo que te da miedo? -¡Qué arrogante eres!

-Primero, bésame; después, dime que me equivoco -dijo Jalal.

Como si hubiera sido una amenaza física, Clio ascendió el último peldaño y, rápidamente, se dirigió hacia la puerta de rejilla. En la cocina, una vela le ofrecía la promesa de un refugio.

Clio medio esperaba que Jalal se levantara y continuara desafiándola; pero cuando abrió la puerta y entró en la casa, el príncipe Jalal no se había movido de su asiento.

Capítulo Ocho

Al día siguiente, Maddy Blake regresó de su viaje con una furgoneta llena de cuadros, figuras talladas, joyería, collares y pulseras de cuentas, y todo tipo de artículos de piel de ciervo. Su familia la ayudó a descargar entre exclamaciones de admiración.

-Voy a lanzar una marca de ropa de piel de ciervo -anunció Maddy mostrando a las chicas diferentes artículos.

-¡Voy a probarme eso! -exclamó Clio. -¡Y yo eso! -gritó Rosalie.

-¡Yo también! -añadió Arwen.

-¡Yo voy a probarme eso! -exclamó Donnelly, cuando vio una preciosa falda india con flecos y un chaleco haciendo juego decorado con cuentas de color turquesa.

Maddy sonrió.

-Me alegro de que te guste, cielo, porque lo he comprado para ti.

Todos se echaron a reír al ver la expresión de exagerada sorpresa y placer de Donnelly.

-¡Mira esto! ¡Qué sexy es! -gritó Rosalie, levantando en la mano un sombrero negro de vaquero adornado con un precioso trabajo de cuentas y una pequeña pluma-. ¡Toma, Jalal, pruébatelo!

Y Rosalie, sin esperar, le puso el sombrero a Jalal; después dio unos pasos atrás para contemplarlo.

-¡Oh, qué guapo eres! -exclamó Rosalie, con una voz que indicaba los sentimientos de su corazón.

Clio apretó la mandíbula. De repente, vio un peligro con el que no había contado. Se preguntó cómo interpretaría Jalal el cumplido.

-¡Todas las turistas van a enamorarse de ti!-continuó Rosalie-. ¡Podrías venderles lo que quisieras!

Fue una forma disimulada de declararle su amor, pensó Clio. ¡Pobre Rosalie! Era imposible disimular el amor a esa edad. Igual de evidente debía haber sido su enamoramiento con Peter, antes de convertirse en la mayor humillación de su vida, una humillación que había apagado su deseo sexual.

A los hombres los molestaba su frialdad en los momentos de pasión.

En una ocasión, un medio novio suyo le dijo: -Existe otra mujer dentro de ti, Clio, estoy seguro de ello.

Pero, aunque hubiera tenido razón, nunca descubrió a esa otra mujer.

Por lo tanto, en contra de lo que Jalal le dijera la noche anterior, no tenía miedo de que Jalal pudiera despertar una pasión incontrolable en ella. Clio era una mujer sin deseo sexual, y se iba a necesitar algo más que un guapo jeque árabe para cambiar eso.

Clio alzó la cabeza y vio a Jalal sonriendo perezosamente mientras todos lo admiraban.

«Es realmente guapo», pensó Clio. «Guapo, fuerte y mucho más viril que Peter... ¡Es extraordinario! No es extraño que Rosalie se esté encaprichando de él».

Jalal dijo algo y se quitó el sombrero, dejándolo en la cabeza de Rosalie.

El corazón de Clio empezó a galopar, y se asustó. ¿Qué haría Jalal si Rosalie le confesara que lo adoraba? Había dicho que la deseaba a ella, a Clio... ¿aceptaría a Rosalie como una sustituta? ¿Iba a repetirse la historia?

El sábado, la heladería, la tienda de artesanía y la galería de arte empezaron con el horario de verano. Y, en cuestión de dos semanas, la estación veraniega estuvo en pleno apogeo.

Por lo general, los chicos ayudaban a Grandon en la marina y también con la tienda de abastecimientos, mientras que las chicas se encargaban de la heladería, de la tienda de artesanía y de la galería de arte. Todos compartían el trabajo con los animales. Durante años, aquello había sido un ataque al feminismo de Maddy.

-¿No podría alguien interesarse por algo propio del otro sexo? -solía quejarse.

A Clio no la molestaba en absoluto ayudar a arreglar motores tú vender anzuelos para pescar en las ocasiones en que su padre necesitaba una mano extra.

Sin embargo, aquel verano lo estaba evitando. La marina de Blake hacía reparaciones en barcos, los vendía o alquilaba y vendía artículos relacionados con la pesca y los barcos. En ocasiones, turistas sin experiencia querían que alguien los llevara de viaje a pescar, y Brandon cumplía sus deseos si le era posible.

Ben lo ayudaba en este trabajo, pero le estaba prohibido llevar de viaje de pesca a turistas él solo antes de cumplir los dieciocho años; por lo tanto, Brandon le dio a Jalal un curso intensivo para que pudiera reemplazar a jode, que antes de marcharse a la ciudad era el encargado de ello.

Ben siempre quería ir de acompañante en esos viajes de pesca; y, cuando se presentaba la oportunidad, Ben acudía a Clio para que lo sustituyera en los trabajos de

la marina durante un par de horas.

-¿Quién va a llevar a los turistas? -preguntó Clio desde detrás de la barra de la heladería una lluviosa mañana de julio cuando Ben le presentó una de sus acostumbradas peticiones.

-Creo que papá -contestó Ben-. Vamos, Clio, es solo un viaje corto; y aquí, en la heladería, no vas a tener mucho trabajo hasta que no salga el sol. Además, Jalal sabe lo que tiene que hacer, apenas necesitará tu ayuda.

En ese momento, antes de que Clio pudiera contestar, Rosalie salió de la tienda de artesanía y entró en la heladería.

-Clip, yo puedo hacerlo, no me importa -declaró Rosalie fingiendo poco interés.

Clio no quería salir de allí y pasar dos horas con Jalal en la marina. Durante un momento, sopesó el daño que a Rosalie le causaría quedarse a solas con Jalal.

Entonces, se echó las manos a la espalda y, viendo la evidente desilusión de Rosalie, se desabrochó el delantal blanco.

-Gracias, Rosalie, pero Jalal aún no tiene mucha experiencia y tú tampoco. Tú quédate aquí, en la heladería, que Isabel se encargará de la tienda de artesanía. No va a haber muchos clientes. Si tienes algún problema, dile a Arwen que vaya a la galería para avisar a mi madre, ¿de acuerdo?

Rosalie bajó la cabeza y asintió sin pronunciar palabra. «Esto me está doliendo más a mí que a ti», pensó Clio. Pero sabía que le estaba haciendo un favor a su prima.

Con cierta angustia, Clio siguió a Ben por el camino que llevaba de la casa a la marina.

Había dos hombres de pie en el muelle en el que estaba amarrado uno de los barcos de pesca; pero era Jalal, no Brandon, quien estaba a bordo, metiendo el equipo de pesca.

Clio parpadeó y, después, sorprendida, sonrió traviesamente. Parecía una escena de una película: dos hombres de cabello oscuro, delgados, vestidos con trajes azul oscuro entre las cajas de artículos de pesca. Parecían dos marcianos.

-Ben, ¿quiénes son? -preguntó Clio en un susurro.

Pero Ben no se detuvo, sino que siguió adelante y gritó:

-¡Estupendo! ¡Los va a llevar Jalal! Jalal! -gritó Ben-. ¿Vas a ir tú con ellos?

Jalal subió la cabeza y asintió. -Sí, voy a llevarlos yo.

Clio notó que Jalal parecía completamente a sus anchas en aquel ambiente. Quizá tuviera los barcos en los genes.

-¡Genial! Yo voy contigo. Clio me va a sustituir -dijo el chico al tiempo que saltaba a bordo. Después, fue a poner el motor en marcha.

-¡Lar! ¡Lar!-le dijo uno de los hombres al otro con voz gutural.

-El chico no viene -le explicó uno de los hombres a Jalal en inglés-. No viene nadie más, no hay sitio.

Jalal miró impasiblemente a uno y a otro. -Está bien -respondió jalas.

«Nadie podría imaginar lo que están pensando», reflexionó Clio con cierta admiración. El cliente siempre tenía razón, pero era la primera vez que un cliente

rechazaba ayuda extra sin tener que pagarla.

Asintiendo con pesadumbre, Ben ayudó a subir a bordo el resto de los aparatos de pesca y saltó al muelle.

«Incluso llevan zapatos de vestir», notó Clio perpleja.

Jalal puso el motor en marcha y los tres hombres se alejaron del muelle.

Jalal y los dos hombres se habían comportado como si el único lenguaje que tuvieran en común fuera el inglés. Pero Clio estaba casi segura de que los dos hombres hablaban el árabe entre ellos.

Estaba igualmente segura de que, fuera el que fuese el idioma que hablaban, Jalal lo entendía perfectamente.

¿Quiénes eran? ¿Qué tenían que ver con Jalal?

Capítulo Nueve

-Jalal, no puedo!

Clio se quedó petrificada.

Había tenido un día de mucho trabajo. Una de las chicas del instituto hacía el turno de tarde en la heladería, pero aquel día no había ido a trabajar, y Clio lo había tenido que hacer por ella. Sus padres estaban en una reunión. Clio se había saltado la cena y, al llegar a casa, había subido directamente las escaleras que conducían a su habitación en el ático para relajarse y darse un baño. Ahora, cubierta con su albornoz, iba de camino al piso inferior para entrar en la cocina y comer algo antes de acostarse.

La voz de Rosalie salía de una habitación cerrada. Descalza, Clio recorrió el pasillo sigilosamente, decidida a localizar la habitación.

-¿Pero no me va a doler?

Un hombre rio quedamente.

-Solo un poco -contestó Jalal con voz seductora.

Al oír aquellas palabras, el corazón de Clio se encogió. No podía creer lo que estaba oyendo. Aquello era mucho peor que lo que lial>i:i imaginado. Había imaginado a Rosalie con e l corazón destrozado, pero no...

-Pero...

Se paró delante de la puerta. No era la habitación de Rosalie, aunque Cilio no estaba segura de quién dormía en ese cuarto. Las dos o tres habitaciones libres cíe ese piso y las otras dos o tres libres del piso inferior las ocupaban los primos o amigos que iban allí a pasar una temperada.

-Piensa. Si no piensas, te va a hacer daño. Vamos, Rosalie, sé valiente.

-¡No puedo!

Clio abrió la puerta unos milímetros mientras rezaba por que las fuerzas no la abandonaran. Cuando por fin los vio, sintió un agudo dolor en el corazón.

Estaban encima de un colchón en el suelo. Jalal tenía a Rosalie sujeta: un brazo alrededor del cuello de la chica y sujetando uno de los brazos de Rosalie por encima

del codo. Rosalie tenía la cabeza echada a un lado, sobre el hombro, y Jalal le sonreía.

Los dos estaban tan absortos que no notaron su presencia.

-Entonces, ¡piensa en Arwen! -dijo Jalal-. ¡Piensa en lo que podría pasarle si no lo haces!

¿Arwen? Aquello era mucho peor de lo que jamás habría imaginado. De repente, una intensa furia se apoderó de Clio.

Clio entró como un huracán en la habitación y se tiró hacia Jalal justo en el momento en que Rosalie, por fin decidida a actuar, movió un brazo y dobló una rodilla, lanzando a Jalal por los aires.

Clio, mientras corría hacia ellos, miró a su prima con admiración; entre tanto, Rosalie, al verla, se quedó boquiabierta.

-¡Excelente! -gritó Jalal.

Jalal aterrizó en el colchón, de espaldas, justo a tiempo de recibir a Clio que, al intentar frenarse, se había tropezado con el borde del colchón y estaba cayendo.

Las rodillas de Clio acabaron entre las piernas separadas de Jalal y los brazos en los fuertes hombros de él antes de resbalar v acabar en el colchón. El impacto la hizo quedar tumbada encima de él.

Jalal, al momento, la rodeó con sus brazos. Todos se quedaron en silencio, perplejos. Por fin, Clio alzó la cabeza y respiró profundamente.

Desde arriba, Rosalie la estaba mirando como si fuera un ser extraño. Debajo, Jalal le sonreía ampliamente, sus blancos dientes en contraste con la piel morena.

-Se ha acabado la clase -dijo él.

Y Clio ovó unas estridentes risotadas.

-¿Qué demonios...? -comenzó a decir Clio estúpidamente.

Clio y Jalal se miraron a los ojos mientras la risa sacudía el cuerpo de él y Clio sentía como si algo tan real y físico como la electricidad corriese del cuerpo de él al suyo.

Jalal se movió bajo su peso. Clio sintió fuego en las venas. Los labios de Jalal perdieron su sonrisa y quedaron entreabiertos mientras el deseo le oscurecía los ojos.

Clio jadeó, sintiéndose terriblemente confusa, y cometió el error de volver la cabeza en dirección a las risotadas.

Todos los miembros de la familia, a excepción de sus padres, estaban sentados contra una pared. La miraban con ojos brillantes, con bocas abiertas y, al parecer, encantados.

-Qué demonios es esto? -consiguió decir Clio débilmente.

Por supuesto, se trataba de una clase de defensa personal. ¿Cómo podía ser tan estúpida corno para preguntarlo?

Clio solo llevaba un camisón corto y sedoso - debajo del albornoz abierto, y Jalal llevaba pantalones blancos de judo. Nada, ni siquiera una cremallera, podía disimular la dura e íntima presión. Tampoco nada logró disimular la caliente y extraña reacción del cuerpo de Clio. La mano que Jalal le tenía puesta en la espalda no la presionaba, y a Clio le habría gustado que la moviese hacia abajo, que la apretara contra él.

-Deja que me levante -murmuró ella.

Los chicos, a coro, le preguntaron qué se había propuesto al entrar así. Clio sacudió la cabeza porque, por supuesto, no podía decirles la verdad. Se sentía la mayor idiota del mundo, y no sabía cómo justificar su comportamiento.

-Deja que me levante -repitió Clio.

Jalal arqueó una ceja con gesto interrogante, ya que no estaba haciendo riada que evitara que ella se levantase. Si Clio se sentía atrapada, era solo en su propio deseo. Por fin, se apartó de él y se puso en pie. Después de una breve mirada que le resultó imposible resistir, apartó los ojos de la entrepierna de Jalal con decisión.

Jalal también se levantó.

-¿Qué clase de ataque ha sido ese? -querían saber los chicos.

-No tiene importancia -respondió Clio con dignidad-. No ha funcionado, he medido mal el tiempo.

Pensó en lo injusto que sería confesarle a los chicos su momentánea sospecha de que Jalal estuviera intentando forzar a Rosalie. A todos los disgustaría enormemente saber que Clio había pensado eso.

La verdad era que Jalal no era su enemigo. Jalal tenía razón, su comportamiento se debía al miedo. Ella le tenía miedo porque la atraía sexualmente. Esa era la verdad.

De repente, se sintió como si se hubiera quitado un peso de encima. Y, al instante, su ánimo se elevó.

Al ocurrir aquello, su ser entero se vio invadido de una dulce oleada de pura sensualidad, creyéndose flotar en el mar de su eterno ser.

Jadeó de sorpresa y felicidad. Nunca su cuerpo y su espíritu, en armonía, le habían dado semejante placer.

Entre tanto, los chicos se estaban levantando, charlando y riendo sobre la extraordinaria entrada de Clio en escena.

-¡Elasta la próxima clase! -dijo Jalal, señalando el final de la sesión.

Y los niños, para sorpresa de Clio, empezaron a salir disciplinadamente de la habitación, incluso Donnelly.

-Vamos, Donnelly, a la cama -dijo Rosalie. -Está bien. Buenas noches, príncipe Jalal. -Buenas noches, Donnelly -respondió él. -Así que, al final, hacen reverencia al príncipe Jalal -comentó Clio en el momento en que Ben, el último en salir, cerró la puerta.

-Mostrar respeto y obediencia al profesor es parte de la disciplina de las artes marciales -dijo Jalal-. Al igual que uno tiene que someter su voluntad a hacer el bien antes de usar los poderes y habilidades que le son enseñados.

-¿Y tú también te sometiste a la necesidad de hacer sólo el bien? -preguntó ella, asiéndose a algo familiar en el mundo nuevo que acababa de abrírsele.

-No -dijo Jalal con voz queda-. No, Clio, no te escondas.

El sol se estaba poniendo y la habitación había quedado bañada en suaves sombras.

Clio se volvió hacia la puerta, pero Jalal la agarró y la rodeó con sus brazos.

-¿Por qué lo haces? -murmuró él-. ¿Por qué me tientas y luego me llamas monstruo? ¿Por qué tienes tanto miedo?

Era demasiado pronto. Clio no había tenido tiempo para reflexionar. Necesitaba alejarse de él y pensar.

Jalal deslizó las manos por debajo de la bata de ella. Clio empezó a temblar de forma incontrolable.

-¿Qué es lo que quieres? -susurró él seductoramente.

-Yo no quiero nada -respondió ella, a pesar de saber que era mentira.

-¿No? -Jalal la miró a los ojos, a los labios-. No eres cortés, Clio, no me preguntas qué es lo que yo quiero.

Clio podía guardar silencio, pero sabía que nada la haría salir de esa habitación. Mentalmente, se ordenó hacerlo, pero fue un intento fútil.

-Entonces, en esta cultura... ¿tengo que pedirte permiso para besarte? Eso no me gusta. Una mujer sabe lo que quiere, ¿por qué las mujeres no tienen también que pedir permiso a los hombres? ¿Por qué se sobreentiende que solo los hombres sienten deseo? En mi país, nos comportamos más racionalmente.

Clio se humedeció los labios con la lengua, apenas consciente de lo que hacía. Sabía que no debería responderle, Jalal solo la confundiría aún más.

-Las mujeres pueden pedir lo que quieren -respondió ella, en contra de su voluntad.

-En ese caso, pídeme que te bese -le ordenó él con una voz increíblemente seductora y excitante.

Instintivamente, Clio dejó de respirar para poder concentrarse mejor en las sensaciones que Jalal estaba despertando en ella. Unas sensaciones desconocidas para Clio hasta entonces. Se sentía como si hubiera acabado de nacer; sin embargo, también sabía que llevaba toda la vida anhelando aquellas emociones.

Jalal la tenía abrazada, no con fuerza, sino con la promesa del poder de su cuerpo, una mano en la espalda y la otra en torno a sus caderas. Clio sintió la ágil fuerza de los dedos de él; con el conocimiento físico directo del deseo de su cuerpo, comprendió lo fácilmente que él podía subirle el borde del sedoso camisón azul y descubrir sus desnudos muslos...

Pero... ¿no debería esperar?, aquello era demasiado súbito. ¿No debería marcharse para reflexionar sobre lo que significaba? Si al final resultaba ser una mujer de gran deseo sexual, ¿no debería pensar qué hacer al respecto?

-No -murmuró ella débilmente, como respuesta a la orden de Jalal.

Jalal la estrechó suavemente contra él, contra su fuego, para que Clio notara, por si lo dudaba, que él aún estaba duro... y ella aún derritiéndose de deseo.

Súbitamente, Clio respiró profundamente y agrandó los ojos; inconscientemente, invitándolo a penetrarla. La hambrienta oscuridad de los ojos de él la invadieron, haciéndola comprender la intensidad del deseo de Jalal, igual al suyo propio.

-Creo que los hombres de esta cultura no son tan tontos como tú me has dado a entender -murmuró Jalal.

Entonces, inevitablemente, acercó la boca a la de ella y la cubrió.

Unas salvajes y deliciosas sensaciones se apoderaron de Cilio, haciéndola vibrar de placer.

La boca ardiente de Jalal estallaba en los labios de Clio. Jalal acarició, rozó y lamió; mientras tanto, ella se dejó llevar hasta lo más profundo de su ser, hasta hundirse en un lugar desconocido para ella hasta entonces.

Se sintió libre. La risa y el goce burbujearon en su interior.

Clio le rodeó el cuello con los brazos, enterrando los dedos en sus cabellos, acariciándole la oreja y la barbilla. Las manos le picaron de la felicidad de acariciarlo.

La boca de Jalal abandonó la de Clio para mordisquearle las mejillas y los ojos. Trazó la línea de sus pestañas con la lengua para demostrarle que hasta el último milímetro de su cuerpo era fuente de placer.

Cilio le besó la garganta, respirando su aroma masculino, el urgente mensaje de su fuerza varonil.

Protegiéndola con su pecho, Jalal se dejó caer en el colchón con ella encima. Clio jadeó por la embriagadora sensación de la dura presión del cuerpo de él, más fiera ahora; y cuando Jalal volvió a apoderarse de su boca, Cilio se sintió derretir una y otra vez.

Jalal la devoró a besos mientras que, con una mano, encontró la curva de un seno de Clio y lo acarició.

Apasionadamente, Clio se frotó contra él. Jalal la hizo levantar la cabeza, interrumpiendo el beso, y le sonrió al tiempo que sacudía la cabeza. Entonces, giró hasta tumbarla boca arriba para quedar él encima. La boca de Jalal perdió la sonrisa y empezó a acariciarla de la rodilla a la cadera con una salvaje y viril posesividad, delimitando su territorio.

Clio volvió a derretirse con la apasionada declaración de propiedad de él; y cuando la mano de Jalal le subió el camisón por la cadera, el deseo de Clio alcanzó semejante altura que la hizo gritar.

Se había transformado en otra mujer, una mujer completamente distinta a la que había sido una hora antes. Apenas sabía cómo se llamaba. Lo único real, lo único verdadero era la mano de Jalal, la mano de Jalal en su cuerpo, la boca de Jalal, su propio deseo...

Jalal se apoderó de uno de sus senos con la boca, y le acarició el pezón con la lengua.

Una espiral de fuego estalló entre sus piernas y, con los dedos, se aferró al cabello de Jalal al tiempo que apartaba la boca de la de él para gritar. Vagamente, se dio cuenta de que la mano de Jalal le cubría el sexo, que los dedos de él se lo acariciaban con urgencia hasta que el cuerpo entero de Clio empezó a sacudirse espasmódicamente para, al final, verse envuelta en un dulce placer líquido en un momento que se extendió hasta el infinito.

-¡Oh! -fue lo único que Clio pudo decir cuando se acabó. Su cuerpo inundado de miel y calor, perezoso como un gato.

Jalal se inclinó sobre ella y la besó; después, levantó la cabeza.

-Tenemos que ir a tu cuarto -dijo él.

Clio asintió vagamente, aún no había logrado recuperar el sentido. Cuando Jalal se levantó y le ofreció tina mano para ayudarla a ponerse en pie, ella la obedeció.

Jalal abrió la puerta y miró a un lado y a otro del oscuro pasillo. Se oía una radio tras una puerta cerrada a cierta distancia.

-Mi habitación -susurró ella.

-Está bien -respondió Jalal. Le dio un apasionado y prometedor beso-. Ve a tu habitación, yo iré dentro de un momento.

Cilio subió al piso superior, sorprendida de que las piernas aún le funcionaran. En su dormitorio, encendió la lámpara de la mesilla y lanzó un suspiro de anticipación.

Capítulo Diez

Oyó pisadas ligeras en las escaleras y un escalofrío le recorrió el cuerpo. Se sentó en la cama, se levantó otra vez y, nerviosa, se volvió hacia la puerta.

Jalal entró, cerró suavemente y echó el cerrojo. Un deseo sexual potente como el rayo traspasó a Clio. Jalal dio un par de pasos hacia ella, la rodeó con un fuerte brazo y, después de dejar algo encima de la mesilla de noche., se volvió y la abrazó con fuerza para darle el beso más ardiente que Clio jamás hubiera podido imaginar.

El beso duró una eternidad, y fue todos los besos que Clio no había recibido hasta entonces, fueron los besos de toda una vida en uno.

Por fin, cuando Jalal levantó la cabeza, ella solo pudo respirar su nombre.

-Quítate eso -le ordenó él suavemente, al tiempo que le bajaba el albornoz por los hombros.

Clio tembló, con solo una fina seda entre la hambrienta mirada de él y su cuerpo. Dos finos tirantes alrededor de sus perfectamente formados hombros. Seda de color turquesa le acariciaba los pechos, las caderas y los suaves y broncearlos muslos.

Jalal bajó la cabeza para besarle la garganta mientras que, con las manos, le apretaba los muslos con posesiva firmeza.

Y Clio empezó a arder de pasión.

Jalal deslizó la mano por debajo del camisón y, apenas rozándola, le acarició el lugar por el que su propio cuerpo exigiría la entrada en breve.

Jalal se dio cuenta de que jamás se había sentido tan perdido. Un deseo tan ardiente como el viento del desierto lo sacudió. Ella incorporaba todas las fuerzas de la naturaleza contra su ser.

-Mi rosa -murmuró Jalal ahogándose en su propia pasión.

Jalal tocó la rosa e, instintivamente, supo que aquella parte del ser de Clio le pertenecía. Estaba allí para que él lo tocara, lo saborease, se apoderara de él con lengua y cuerpo hasta que la suave seda de los pétalos temblara, se abriera a él y se

cerniera en torno suyo.

Clio jadeó y oyó a Jalal gruñir guturalmente su respuesta. Sintió el fiero sexo de él pulsar contra el suyo. Oyó el urgente y apasionado susurro de su voz...

-Zahri -susurró Jalal-. Zahri.

Zary.

Lentamente, la palabra penetró la nube de placer que tenía en trance a Clio. De repente, sintió hielo en los huesos.

Jalal la empujó hacia la carea, murmurándole palabras en árabe. Palabras apasionadas que ella no comprendía.

Pero había comprendido lo suficiente. -¡Suéltame!

Como un hombre ebrio, Jalal levantó la cabeza y, con preocupación, tomó el rostro de Clio en sus manos y se la quedó mirando.

-Clio... -¡Suéltame.!

Pero Jalal no tuvo que soltarla, Cilio ya se había zafado de su abrazo y se cubría los hermosos pechos con sus brazos en actitud protectora.

-¿Qué te ocurre, cielo? -preguntó Jalal con el ceño fruncido; y, al tiempo, dio un paso hacia calla.

Clio retrocedió y, sin responder, se lo quedó mirando fríamente. En los ojos de ella Jalal vio un terror que no había visto nunca en una mujer.

-¡Clip! Qué te ocurren ¿Qué...?

-No vuelvas a tocarme nunca -dijo ella con voz desgarrada.

A tientas, Clio agarró. su albornoz y se tapó los pechos con él.

-¿Qué ha pasado? -preguntó Jalal con voz suave-. ¿De qué te has acordado?

Jalal se acercó con cuidado a ella, seguro de que sus brazos tenían la solución.

-Dímelo.

-¡Dios mío, cómo odio a los hombres! -Clio, alzando la barbilla, lo miró fijamente con expresión de odio-. ¡Sal de aquí ahora mismo!

-¡Sal de aquí!

-Me iré cuando me digas qué es lo que te pasa -contestó Jalal sin moverse.

Pero Clio estaba perdida en un mar de dolor, ira y recriminación. Se dio media vuelta y salió del dormitorio antes que a Jalal le diera tiempo a reaccionar.

Jalal no la siguió, se quedó en la habitación, oyendo los pasos de ella escaleras abajo como un animal herido.

No lo sabía, pero podía suponer lo que la había hecho escapar de semejante pasión. Solo podía haber una razón: un hombre le había hecho daño. Lo había sospechado antes, pero ya estaba seguro.

El corazón se le encogió de amargura.

Pensó en la pasión de ella, recordó cómo le había abierto su corazón, y también la rapidez cíe la transformación.

¿Qué. cosa horrible podía haber recordado? Sentía necesidad de cicatrizar la herida cíe Clio, de devolver el disfrute de su apasionada naturaleza. Sentía que podía

lograrlo. Cuando la tocaba, ella temblaba y gritaba de placer, de goce. Clio le había permitido tocarla íntimamente...

Estaba seguro de que podía hacerla olvidar.

Clio se quitó los pantalones cortos y la camisa, y se quedó en biquini. Metió los pantalones, la camisa v las sandalias en la bolsa en la que también llevaba una radio portátil, una novela, la toalla y la crema de protección solar. En otra bolsa llevaba fruta y una botella de agua.

Había una regla de oro en la casa: todo el mundo gozaba de un día a la semana para descansar, y Clio estaba decidida a aprovechar el suyo.

Por lo tanto, después de levantarse tarde con el fin de evitar un desayuno familiar en el que Jalal estaba incluido, Clio había dejado una nota en el tablero de la cocina diciendo que se iba a la gruta y salió de la casa sin que nadie la viera.

Aquella gruta, a solo veinte minutos de la casa, no tenía playa, solo unas cuantas rocas a los pies de un precipicio. El agua era profunda, incluso en la orilla. En la boca de la gruta, un pequeño cañaveral y más rocas, algunas de ellas sumergidas, desanimaban a los barcos a acercarse allí. Lo que significaba que Clio podía estar tranquila de que no la molestara nadie. Sí podría relajarse... y pensar.

Clio se metió en el agua pensando que algo no le funcionaba en el cerebro. Dos veces en su vida se. había sentido salvajemente atraída hacia un hombre, y ambos hombres habían estado obsesionados con su hermana. ¿Una desafortunada coincidencia?

No lo creía.

¿Por qué quería castigarse de esa manera? ;Tan inferior se consideraba a su hermosa hermana que solo podía desear a un hombre que, a su vez, estuviera obsesionado con Zara?

Lo peor era que, al recordar la noche anterior, su cuerpo se transformaba en un río de insatisfecha pasión a pesar de sí misma.

Clio dejó de nadar y empezó a flotar en el agua, mirando al caliente sol.

¡Cielos, se estaba volviendo loca! ¿Cómo iba a poder resistir a Jalal cuando ya no podía engañarse a sí misma y seguir fingiendo hostilidad cuando sabía que lo único que sentía era pura atracción sexual?

Sin embargo, ¿cómo podía ceder sabiendo que, al final, solo iba a encontrar un dolor idéntico al de la primera vez?

Le procuró cierto consuelo pensar que, al menos esta vez, había tenido el sentido común de resistirse. Con Jalal, no había adoptado la misma actitud pasiva que con Peter, no le había permitido que la utilizara como sustituta de su hermana.

Clio cerró los ojos firmemente; de repente, trató de imaginar qué habría sentido si él no hubiera pronunciado el nombre de su hermana... después del acto, cuando ya hubiera sido demasiado tarde. Eso habría sido el fin del mundo para ella.

Si Jalal le hubiera hecho el amor deseando a Zara, la habría matado. La traición de Peter había apagado su deseo sexual, pero la traición de Jalal... le habría clavado

una daga en el corazón.

En la hermosa estructura llamada desde siglos atrás el Pabellón del Rey, tres hombres jóvenes estaban tumbados en divanes, comiendo dulces carnes con principesco abandono. Las amplias paredes de cristal del pabellón se encontraban al fondo de un largo y hermoso jardín con fuerces y sereno follaje.

Era uno de los pocos lugares en los Emiratos de Barakat en el que los hombres, de rostros sumamentes conocidos entre la población, hablaban han con absoluta privacidad. Siguiendo la tradición, los guardias evitaban la entrada a todo el mundo en los recintos próximos al Pabellón del Rey.

Los príncipes, Karim, Omar y Rafi, tenían un aspecto totalmente relajado. Al ver sus posturas y ademanes, nadie habría sospechado que estaban discutiendo una cuestión de estado de suma importancia.

-Ya se han puesto en contacto con él -dijo el príncipe Karin.

El Pabellón del Rey estaba en los jardines de su propio palacio, en la costa del golfo de Barakat, y era él quien había recibido la noticia.

Los tres guardaron silencio unos momentos, asimilando la evidencia de la verdad de sus sospechas.

El príncipe Omar arqueó las cejas pensativamente.

-Supongo que es una buena noticia -dijo Omar por fin.

-¿Alguna idea de quién ha sido? -preguntó el príncipe Rali.

-No.

-¿Y cómo ha respondido? -preguntó Omar. -Habría sido una estupidez por su parte mostrar interés tan pronto -dijo Rafi.

Karim asintió.

-Y, naturalmente, no querrían trabajar con un estúpido.

-Puede que pronto empiecen a desear que lo fuera -comentó Omar con una irónica sonrisa-. Me pregunto por qué no se les ocurre a esos intrigantes pensar en que, una vez en el poder, no necesitaría más de su ayuda.

-Quizá piensen que no lo necesitarán a él durante mucho tiempo -sugirió Rafi.

-Puede que tengas razón. ¿Le ofrecerán garantías?

-Si son listos, las pedirán ellos mismos -insistió Omar.

Capítulo Once

-Clip.

Clio estaba tumbada en la roca, con los auriculares puestos, oyendo música rock a todo volumen.

-Clio.

La piel de Clio era suave, morena y el sudor y la crema la hacían brillar. El largo cabello suelto le caía en cascada por la roca, sus puntas tocando el agua. Un brazo le

caía perezosamente sobre el agua.

Si él salía del agua, se tumbaba entre las piernas de ella y la besaba, ¿se resistiría Clio? Conteniendo el impulso, permaneció en el agua observando las largas líneas de las piernas y caderas, la generosa curva de los senos por encima del blanco tejido, la sensualidad de los labios y las pestañas.

Nunca una mujer lo había atraído de esa manera. Iba a necesitar de toda su fuerza de voluntad para controlar su deseo y someterlo al ritmo del de ella.

En vez de competir con la estridente música que resonaba en los oídos de Clio, Jalal golpeó la superficie del agua salpicándole el abdomen.

Clio parpadeó y volvió la cabeza. Al verlo, apagó el aparato de música y se quitó los auriculares.

Se quedaron en silencio unos momentos, muy quietos, mirándose a los ojos.

Después de ver la nota que Clio había dejado en el tablero de la cocina, Jalal la había seguido hasta allí con la intención de animarla a que le contara el incidente que le había dejado semejante cicatriz. Pero ahora, al ver esos ojos negros y esos generosos labios, las palabras se le ahogaron en la garganta.

Clio lo miró a los ojos y casi gritó; su cuerpo se derretía, pero el corazón se le inundó de angustia.

Jalal sacó medio cuerpo del agua y lo apoyó en la roca; pero allí no había espacio suficiente para los dos, a menos que se colocara tan, cerca de ella que hacer el amor se tornara inevitable.

Bruscamente, Clio rodó en dirección opuesta a él y luego se sentó en la piedra. Se volvió de espaldas a él, agarró la bolsa y metió en ella el aparato de música.

-¿Qué quieres, Jalal -preguntó Clio fríamente, volviendo la cabeza mientras él salía del agua completamente y se sentaba al lado de ella.

La piel de Clio era cálidamente morena, en contraste con el biquini blanco. Jalal sabía que muchos árabes preferían mujeres pálidas y rubias, pero a él nunca lo habían atraído. Para él, al igual que para los poetas de la antigüedad, eran los ojos y los cabellos negros los que aceleraban los latidos de su corazón.

-Estar contigo.

-Supongo que no se te ha ocurrido pensar que eres la última persona en el mundo con la que quiero estar -comentó ella en tono neutro. -Sí, se me ha ocurrido. Pero también se me ha ocurrido que, si habláramos un poco sobre lo de anoche, quizá cambiases de opinión.

<<A quien deseas es a Zara>>. ¿Era eso lo que podía decirle? Pero al mirarlo, ardió en deseos de tocarlo. Su cuerpo lo anhelaba, a pesar del dolor que sentía su corazón.

Todo lo contrario que lo que le ocurrió con Peter. Después de su desafortunada experiencia con Peter, cuando volvió a verlo sintió casi náuseas.

-¡No quiero volver a oír hablar de lo de anoche! -lo informó ella.

-¿Ni un poco?

-He venido aquí porque quería estar sola.

-A veces, ¿no es preferible no estarlo, a pesar de desearlo aparentemente?

Jalal, no necesito que me salves.

Clio empezó a recoger sus cosas en la bolsa y se dispuso a marchar.

-Clip, no te vayas.

Jalal, dejémoslo estar. Será mejor que nos hagamos a la idea de que jamás volverá a haber nada entre los dos.

Clio hablaba con enfado, pero Jalal sabía que ese enfado nacía del sufrimiento.

Si ella le dejara tocarla, si le dejara estrecharla en sus brazos, sabía que Clio le confesaría el motivo de su dolor y le explicaría la razón de su reacción. Pero debía tener cuidado. Hasta saber un poco más sobre la causa del súbito cambio de actitud de Clio la noche anterior, cualquier movimiento físico podría ser contraproducente.

-No, no estoy de acuerdo. Sigo pensando dile deberíamos hablar.

Clio casi se echó a reír. ¿Qué podía decirle jalal, que se contentaba con ella como sustituta de Zara?

Desgraciadamente para él, ella ya había recorrido ese camino una vez, y sabía que no merecía la pena.

-Pues lo siento, pero yo no estoy de acuerdo. Así que, si no te importa, me voy.

-Cho...

-Jalal, no quiero oír ni una palabra más! -gritó Clio.

Entonces, haciendo acopio de toda su fuerza de voluntad, Clio agarró sus bolsas y se marchó.

Dejándose llevar por la paranoia, Clio comenzó a observarlo. Lo vio hablando por teléfono en árabe, en voz baja, como si tuviera miedo de que lo oyeran; incluso allí, donde nadie entendía su idioma. En el tiempo libre de que disponía, solía subirse a una de las lanchas y desaparecer, a veces durante horas.

En una ocasión, cuando ella iba por el lago en una motora, lo vio en un restaurante del muelle sentado con dos hombres morenos, y a Clio le parecieron los mismos hombres que alquilaron la lancha un día y que se negaron a que Ben los acompañara.

Recordó el día que Jalal llegó, cuando él le dijo que había ido allí a practicar el inglés; pero, ahora, Clio empezaba a preguntarse cuál era el verdadero motivo de su presencia allí.

Jalal sabía que la actitud de Clio no podía deberse enteramente a lo que otro hombre le hubiera hecho. Tenía que mirarse a sí mismo para averiguar la causa. Era demasiado fácil atribuir completamente el comportamiento de ella a un trauma en el pasado.

También tenía que aceptar que ella lo culpaba, que lo creía capaz de la clase de comportamiento que la había traumatizado.

Por primera vez, empezó a preguntarse seriamente si a Zara le había ocurrido algo que él no supiera cuando estuvo en el campamento como rehén. Siempre había creído que su palabra era ley para sus hombres; sin embargo, ¿lo habría desafiado alguno?

No era posible que su madre no se hubiera enterado de haber sido ese el caso, y con toda seguridad se lo habría dicho.

Fuera como fuese, debía descubrir en qué sentido era él causa del problema.

-¿Estáis siendo observado?

-¡Por supuesto que me observan! Y, sin duda, nos están observando en estos momentos -contestó Jalal con impaciencia-. ¿No podéis poneros una ropa más acorde con las circunstanciase

Los hombres se miraron los perfectos trajes y las claras camisas con sorpresa.

-¿No es esta ropa ...; -comenzó a decir uno.

-¡Esto no es la ciudad! Aquí, la gente lleva la ropa que llevo yo en estos momentos.

Los hombres observaron los anchos pantalones cortos de Jalal, la camisa de algodón abierta encima de una camiseta, y asintieron.

-Cierto, Excelencia.

-También podíais hacer como si estuvierais pescando.

-Por supuesto -dijeron los tres al unísono, y se miraron entre sí, preguntándose cómo hacerlo. Jalal casi se echó a reír.

-Tomad esta lombriz Y ponedla en el anzuelo. La lombriz se retorció. Un hombre moreno retiró la mano.

-La lombriz está viva. Jalal lo miró con frialdad.

-¿Estáis involucrados en asuntos que pueden dar como resultado la muerte de miles de personas y os asusta una lombriz? Claro que la lombriz está viva; así es como les gusta a los peces, viva.

Capítulo Doce

-Clio, te he pedido que me digas una cosa -comenzó Jalal sin preámbulos, aprovechando la primera oportunidad que se le presentaba desde hacía días.

Los padres habían llevado a los chicos a un circo ambulante que estaba dando una función en una ciudad a unos kilómetros de allí, dejando a Clio y a Jalal a cargo de todo. A la hora del almuerzo, Jalal había dejado a los empleados contratados en la casi desierta marina y había ido a la casa.

-Aunque Zara te haya pedido que lo mantengas en secreto, debes decirme la verdad. ¿Quién de mis hombres hizo daño a tu hermana cuando estaba en mi.-.?

-:Prisión? -interpuso Clio, que continuó preparándose el sándwich que estaba haciendo, de espaldas a él.

No había logrado doblegar la atracción que sentía por él, y era mucho peor cuando los dos estaban solos en algún lugar.

-Sí, en mi prisión -contestó Jalal-. ¿Sufrió más de lo que yo sé?

Clio se dio media vuelta y utilizó la ira para esconder sus verdaderos sentimientos.

-Es increíble. Hablas como si Zara fuera la única persona que pudiera haber sufrido por tu causa. Tienes idea, Jalal, del infierno que era para nosotros saber que un rebelde fanático habia tomado a Zara como rehén, para saldar no sé cuentas, a miles de kilómetros de aquí? Puedes imaginar lo que pasaron mi padre y mi padre?

-Sí, claro que sí. Yo...

-No -le contradijo ella-. No te lo ímaginas; porque de poder hacerlo, jamás habrías venido aquí. Jamás te habrías presentado aquí corno invitado nuestro después de lo que hiciste. Crees que no pasó nada porque Zara salió del paso ilesa y tú, amablemente, no permitiste a tus hombres que se aprovecharan de ella.

Clio se interrumpió un segundo para respirar y continuó.

-Deja que te lo cuente. Mi padre casi no vivía desde el momento en que nos enteramos de que Zara había sido tomada como rehén hasta el momento en que habló con ella por teléfono. Yo tenía miedo de que fuera a darle un ataque al corazón, y así habría sido si la espera se hubiera prolongado un poco más. Tenía miedo cíe que mis padres no pudieran soportarlo. Y los chicos también, incluso Donnelly. Todo el mundo en el país estaba enterado de lo ocurrido, ¡hablaban do, ello por televisión las veinticuatro horas del día! Llamaban a mi hermana la Rehén de Barakal, ¿lo sabías? Apuesto a que a ti jamás te ha ocurrido nada parecido.

Jalal se quedó en silencio, escuchando.

Está bien, de acuerdo que lo peor que le ocurrió, fue estar prisionera allí. Pero no creas que eso cura todas las heridas, Jalal. Uno no se recupera así como así de una experiencia semejante. Clío estaba pensando en sí misma mientras hablaba.

-Gracias –dijo Jalal-. Gracias por explicarme lo que no entendía. He prestado atención a tus palabras, Clio.

Clio no le había dicho todo. No le había hablado del dolor que le había producido enterarse de que estaba enamorado de su hermana y de que la había utilizado como sustituta. No le había preguntado hasta qué punto estaba enamorado de Zara. Y si estaba dispuesto a traicionar al príncipe Rafi con el fin de conseguirla.

-No os preocupéis, Excelencia, vuestros tíos no serán mártires.

Era un caluroso y soleado día. Dos hombres estaban sentados ala mesa de la terraza de la mansión alquilada a orillas del lago. Más abajo, al lado de un pequeño yate, la lancha de Jalal se meció con el paso de una motora. Un camarero dejó en la mesa diminutas tazas de aromático café y una bandeja de dulces de miel antes de re-tirarse en silencio.

Saifucidin ar Ratib era el nombre del hombre que acababa de hablar, tras reemplazar a Abu Abdullah en las negociaciones. Era más inteligente, más poderoso y más peligroso.

-No tengo el placer de comprenderlo -dijo Jalal.

-Teniendo en cuenta los estilos de vida que llevan, los tres podrían fallecer en circunstancias que, sin duda alguna, repugnarían a los verdaderos creyentes.

Bruscamente, Jalal perdió interés en el café que estaba removiendo con la cucharilla. Dejó la cucharilla en el plato de la taza, levantó el rostro y miró fijamente al último emisario del misterioso personaje que lo había enviado.

-¿Cómo podría ser eso?

Saifucidin ar Ratib arqueó una ceja. Lo tenían en sus manos. El mismo había visto el brillo de avaricia en los ojos del príncipe, a pesar de que Jalal hubiera fingido carecer de interés.

-Un accidente automovilístico en el momento en que un príncipe recibe los servicios especiales de una prostituta barata, o... quizá de dos, no dejaría al pueblo llorando por la pérdida de su vida.

-¿Y cuál de mis tíos muestra esas inclinaciones?

El otro hombre encogió los hombros y mostró las palmas de las manos.

-Esto es solo un ejemplo de lo que podría ocurrirle a un hombre que ha hecho reina a una extranjera no creyente de un pueblo creyente. Jalal arqueó las cejas.

-¿Acaso no todas las esposas de mis tíos han abrazado la fe?

-Solo en apariencia. Es de todos sabidos que, al menos la última, anima al príncipe a beber alcohol.

-Si se refiere a Omar, dudo que el gusto por el whisky le venga de su esposa.

-En cualquier caso, si él y su esposa muriesen en un accidente de coche debido a conducir ebrio, ¿quién lloraría su muerte?

Se hizo un breve silencio. Jalal se puso en pie y se acercó al borde de la terraza. Se quedó contemplando el agua unos instantes antes de volverse.

-Tienen sus amigos trazados los planes en detalle? -preguntó Jalal con voz queda.

Saifuddin ar Ratib alzó una mano en actitud pacificadora.

-Os aseguro, Excelencia, que todo esto son solo posibilidades. Nada se planeará en detalle si se ejecutará hasta no contar con vuestra aprobación.

-Bien -respondió el príncipe Jalal ibn Ajiz-. Dígales a los que lo enviaron que no olviden que debo acatar la voluntad de mi abuelo cuando murió, y que soy presa de su maldición. Enviar a los príncipes al exilio, reunificar el país y ocupar el trono puede que no sea otra cosa más que mi derecho. Aunque, por supuesto, no lo afirmo.

-Por supuesto -Saifuddin ar Ratib asintió. -Permitir que los asesinen es imposible, y me vería obligado a perseguir a los perpetradores de semejantes crímenes, desde los más bajos a los más altos, y a matarlos a ellos y a sus descendientes sin mostrar misericordia alguna. Derramaría su sangre en las arena del desierto y borraría a su linaje de la faz de la tierra.

Saifuddin sonrió, su buen humor inamovible.

-Excelencia, ¿tenéis intención de que las fantasías de un anciano os tengan aterrorizado toda vuestra vida? -Saifuddin alzó la mano-. Una maldición? ¿Acaso no sois un hombre de gran cocimiento y educación?

Jalal inclinó la cabeza.

-Pero mi pueblo... el pueblo de mis tíos -se corrigió Jalal rápidamente-, no lo es.

Si yo no obedeciera las instrucciones del rey Daud, el país entero esperaría verme destronado, y hasta el más ínfimo jeque del desierto vería como causa justa desafiar mi autoridad.

Saifuddin asintió.

-Entiendo lo que decís. Pero... ¿no vale la pena arriesgarse? En el exilio, ¿no formarían los tres príncipes un frente más poderoso para aglutinar a los disidentes?

Jalal miró a Sifuddin con arrogancia. –Soy Jalal ibn Aziz ibn Daud ibn Hassan al Quraishi. Eso será suficiente para el pueblo.

Durante el verano, todos los viernes por la noche Maddy Blake trazaba un plan con las tareas a cumplir por cada uno de los miembros de la familia para la semana siguiente. Principalmente, esto se hacía por los más pequeños, a quienes les encantaba el proceso de negociaciones, y también para que aprendieran a asumir ciertas responsabilidades. Incluso Donnelly sabía que, cuando tenía que ir media hora a la heladería a trabajar, debía estar allí, y se sentía importante.

Clio casi nunca tenía que consultar el plan de tareas, que colgaba del tablero de corcho en la cocina, porque sus obligaciones eran casi siempre las mismas en aquella época del año. Generalmente, se encargaba de la tienda de artesania y de la heladería, mientras que su madre se hacía cargo de la galería y del... «establo».

Las obligaciones de Clio eran diferentes los sábados, cuando ella y Ben se pasaban por las casas de alquiler para cambiar las sábanas y las toallas, y para comprobar que todo estuviera en orden después de que unos inquilinos se marcharan y antes de que llegaran los siguientes.

Por lo tanto, no miró el cartel con los turnos rotativos hasta el sábado a las diez de la mañana, cuando estaba en la cocina con las sábanas esperando a Ben. Con gesto ausente, se metió una cucharada de yogur en la boca y se paró delante del tablero de corcho...

Y vio que su acompañante aquel día era Jalal.

Capítulo Trece

Un escalofrío le recorrió el cuerpo. ¿Jalal iba a acompañarla a las casas? ¿Por qué demonios lo había arreglado su madre así?

¡No, Jalal lo había hecho?

Presa de cólera, Clio dejó el yogur sobre la encimera de la cocina con tanta furia que este cayó y su contenido se derramó por el suelo. Pero sin pararse a limpiarlo, Clio se dio media vuelta y salió corriendo de la casa en dirección a la galería de arte, una hermosa construcción de ladrillo rojo de principios de siglo.

-¡Mamá! -gritó Clio al entrar.

A pesar de ser un día con cielo encapotado, en la galería había dos mujeres de mediana edad con pantalones cortos contemplando un enorme cuadro al óleo de una

montaña en forma de mujer tumbada. Las dos mujeres se volvieron para mirar a Clio.

Detrás del escritorio, su madre dejó el bolígrafo que tenía en la mano y levantó la cabeza. -Qué te ocurre, Clio? -preguntó Maddy impasible.

Clio era muy dramática por naturaleza, y su entrada impresionó menos a su madre que a la dos turistas.

Algo avergonzada por su precipitada aparición. Clio se acercó al escritorio.

-¿Por qué tiene Jalal la tarea de acompañarme a las casas hoy por la mariana?

-¿Es que no estabas tú... -Ah, no, es verdad, anoche no estabas.

La noche anterior, Clio había ido a la fiesta de cumpleaños de una arraiga, en la que la habían vuelto loca a preguntas sobre cómo era tener en su casa a un príncipe.

-Los que tienen alquilado Solitaire llamaron para decir que el generador no funciona. Jalal se ha ofrecido a ir hoy, por la mañana para ver si puede arreglarlo.

-¿Qué sabe Jalal de generadores? -preguntó Clio con incredulidad.

Maddy arqueó una ceja.

Al parecer, bastante. Al fin y al cabo, tenía un campamento que funcionaba a base de energía eólica.

-¡Sí, seguro! ¡Bueno, pues no quiero que venga conmigo! ¿No podría venir papá?

-Tu padre quiere pasar la mañana en la marina. En realidad, fue él quien le pidió a Jalal que fuera contigo. ¿Cuál es el problema, Clio? -Maddy miró a su hija por encima de las gafas con expresión severa-. Por supuesto, aparte del hecho de que te niegas a superar tu rechazo hacia él.

-Porque yo... -¿por dónde empezar?, se preguntó Clio-. Es simplemente que no quiero pasar el día con él. Lo más seguro es que se niegue a ayudarme a hacer las camas por considerarlo cosa de mujeres y...

Su madre la miró con desaprobación.

-Me parece que sabes que lo que acabas al decir es injusto. No obstante, si tanto te desagrada su compañía, le pediré a Rosalie que vaya en tu lugar.

-¡Rosalie! Rosalie no puede...

-Clio, tengo clientas en la galería. Por favor, compórtate. Decide lo que quieras hacer -dijo Maddy.

Al instante, Maddy se volvió para hablar con una de las turistas que, en ese momento, se había acercado al escritorio.

-Sí, perdone, ¿en qué puedo ayudarla? -Tienen ustedes algo que no sea muy caro de Jerry Eagle Feather?

-Tengo un par de litografías de edición limitada... Oh, perdone un momento. ¡Clio! -exclamó Maddy en el momento en que Clio había alcanzado la puerta.

Clio se dio media vuelta.

-Si Rosalie va en tu lugar, recuérdale que mire a ver si ve al gato de la familia Williams en Solitaire.

Asintiendo, Clio salió de la galería y volvió a la casa. En la cocina, encontró a Jalal de pie al lado de la puerta trasera de la casa con tina taza de café en la mano mirando al cielo cubierto.

-Creo que va a haber tormenta -dijo él. Clio río nerviosa.

-Sí, eso parece.

-Ya están las cosas en la lancha. ¿Lista para marchar?

Clio se quedó vacilante en medio de la cocina, el vello de la piel ya se le había erizado.

-Mmmm... sí. Sí, supongo que sí.

No podía permitir que Rosalie fuera con él, ella podría aprovechar la oportunidad para insinuársele. Y.. :qué ocurriría si Jalal aceptaba la oferta, le hacía el amor y pronunciaba el nombre de Zara? ¿Sabía Jalal que podía ir a la cárcel por tener relaciones sexuales con una chica de quince años?

Jalal se acercó al fregadero y dejó en él la taza vacía de café. Alguien había limpiado el yogur del suelo.

-¿Nos vamos? -preguntó él abriendo la puerta de rejilla.

El rostro de Jalal era una máscara de ira, parecía saber lo que ella estaba pensando. Sintiendo que el cerebro no le funcionaba, Clio lo siguió afuera.

-¿Es segura la linea? -preguntó Rafi.

Karim se inclinó sobre el teclado del ordenador v asintió.

-Sí, completamente. Esperad un momento, ahí lo tenemos.

-Muy buena -observó Omar-. ¿A qué distancia estaba la cámara?

-Esto lo ha enviado Rainiz, que estaba a unos cien metros de allí en un barco de pesca.

Los tres príncipes guardaron silencio mientras esperaban. De repente, la imagen se congeló. -¿Es ese Jalal? -preguntó Ornar señalando a un hombre de espaldas a la cámara.

Por encima del hombre, se veía el rostro de otro, casi en linea directa con la cámara.

-Sí, ese es Jalal -confirmó Rafi-. Pero... ¿quién es el otro?

Volvieron a guardar silencio, los ceños fruncidos en señal de concentración.

-He visto esa cara antes -dijo Omar.

-Sí -añadió Karim-, y yo. Pero, ¿quién es? -¿Qué nombre utiliza?

-Saifuddin ar Ratib. Rafi sacudió la cabeza.

-«Espada de la Fe», «El Que Dispone» -tradujo Rafi pensativamente-. Evidentemente, un nombre de guerra.

-Quizá Akram haya logrado mejores imágenes. Vamos a ver más.

Karim tecleó.

-Pero el rostro se ve bastante bien.

-Ese hombre lleva la cabeza afeitada -dijo Ornar de repente-. Podría ser que estamos acostumbrados a verlo con un keffiyeh.

-Sí -dijo Karim lentamente en el momento en que otra imagen empezó a formarse en la pantalla-. Sí.

Jalal aminoró la velocidad de la lancha y entró con el barco en el río Aguja Torcida.

Los inquilinos debían abandonar las casas a las diez de la mañana los sábados, y los que llegaban tomaban posesión a las cinco de la tarde. Las siete horas le daban a Clio tiempo más que suficiente para dejar las casas en orden.

Pero el problema del generador era un imprevisto. Quizá Jalal pudiera arreglarlo con las herramientas que llevaba consigo o quizá no. El aparato podría necesitar una pieza nueva, lo que significaba volver a la marina y regresar de nuevo a Solitaire; en cuyo caso, lo más seguro era que Jalal aún estuviera trabajando cuando llegaran los nuevos inquilinos.

Ella y Jalal habían hecho el trabajo en las otras casas rápidamente, dejando Solitaire para el final. Apenas habían hablado entre ellos en toda la mañana, a excepción de lo absolutamente imprescindible.

Clio llevaba nerviosa v sobresaltada toda la mañana, y se le notaba más de lo que imaginaba. Hacer las camas juntos había sido lo peor, la poderosa aura de él parecía llenarla de anhelo y angustia.

Si ella se ponía tensa cuando Jalal se le acercaba, él disimulaba notarlo; no obstante, apartaba la mano instantáneamente.

Jalal se cuidaba de ni siquiera rozarla, siempre esperando a que ella abandonara primero cualquier habitación...

Después de un tiempo, la vergüenza que a Clio le producía saber que su incontrolable tensión sexual era evidente la puso aún más nerviosa. Por fortuna, Jalal iba a trabajar solo en Solitaire.

Clio miró el reloj en el momento en que doblaron una curva del río y el embarcadero se hizo visible.

-¡Ahl Mientras estamos ahí, si ves un gato, dímelo enseguida -dijo Clio, acordándose.

-¿Un gato? -repitió él.

-Hace un par de semanas, la familia Williams pasó unos días aquí con su gato. El gato se perdió y ellos tuvieron que marcharse sin él. Hemos dejado comida por aquí, y se la comen, pero podrían ser mapaches los que se la comen. Los dueños del gato están muy disgustados, llaman cada dos días, pero todavía nadie ha visto al gato.

-;De qué color es? -preguntó él, una perezosa sonrisa asomando a sus labios.

-Blanco y negro -de repente, Clio se echó a reír, la insignia que la representaba era un gato blanco y negro-. ¡Por el amor de Dios, Jalal, déjate de tonterías! Y escucha, si ves un gato negro con una gran mancha blanca en el lomo, déjalo en paz, no lo toques.

Jalal la miró.

-No tengo intención de perseguir a ningún gato blanco y negro, el gato tendrá que venir a mí por voluntad propia.

Clio sospechó que las palabras de Jalal tenían doble sentido, y sus mejillas

enrojecieron al instante. ¿Qué estaba sugiriendo, que si le deseaba tendría que ser ella quien diera el primer paso?

Perfecto. No tenía intención de explorar su nueva sexualidad. No iba a dar ningún paso, y era un alivio saber que Jalal no se le insinuaría.

Clio no era tan inocente como para pensar que el hecho de que Jalal estuviera enamorado de Zara no significaba que no se sintiera también atraído por ella. A los dieciséis, lo había creído, pero ya no. Para los hombres, la atracción sexual era algo bastante aleatorio y flexible. Por supuesto, Jalal era capaz de hacer el amor con ella aunque estuviera enamorado de otra. Los hombres hacían esas cosas.

Y había que reconocer una cosa, que la mujer de la que Jalal estaba enamorado le estaba totalmente prohibida. No era de esperar que se sometiera a una vida de castidad por la mujer de otro.

Pensándolo racionalmente, Jalal no había hecho nada terrible. Había sido una cuestión de mala suerte que el nombre que hubiera murmurado a punto de hacer el amor fuera su hermana, y que eso le hubiera traído tan malos recuerdos.

De repente, unos truenos retumbaron mientras Jalal se acercaba al embarcadero y, cuando llegaron, empezó a llover. Clio saltó al muelle con la cuerda de amarre mientras que Jalal agarraba las bolsas de plástico con la ropa de cama y la caja de herramientas.

En el porche de la casa, Clio se sacó las llaves del bolsillo.

-Mientras tú te pones a arreglar el generador, yo me encargaré de poner en orden la casa, Jalal. Él asintió mientras ella abría la puerta. -¿Estarás bien quedándote sola?

Jalal se refería al incidente ocurrido la última vez que estuvieron allí, pero Clio había vuelto varios sábados a Solitaire, un lugar demasiado encantador para rechazarlo.

No obstante, en esas otras ocasiones, no había logrado entrar sola a la casa, Ben siempre la acompañaba.

-Le importaría entrar conmigo primero? -preguntó ella.

Jalal dejó la caja de herramientas en el porche y entró en la casa, juntos examinaran el lugar. De repente, ambos fueron conscientes de que estaban completamente aislados, solos.

Solitaire no era muy grande, solo tenía dos dormitorios, pero el emplazamiento era sumamente hermoso. Aquella casa era la más popular entre los clientes.

Los más adictos a Solitaire eran las parejas en viaje de luna de miel. La casa era soleada y estaba aislada, rodeada de maduros árboles de hoja caduca. Y era casi imposible disponer de más intimidad.

El cuarto de estar, en forma de ele, era sumamente acogedor. La decoración del dormitorio principal era preciosa, y la cama de matrimonio...

Después de examinar la casa juntos, en la que encontraron todo en orden, Jalal agarró la caja de herramientas y, bajo la lluvia, se dirigió al pequeño cobertizo que había entre los árboles.

Desde la ventana de uno de los dormitorios, Clio lo observó mientras se alejaba. ¡Qué guapo era!. ¡Y cómo se movía! Lo que sentía por él casi le dolía físicamente.

Notó que Jalal no bajaba la cabeza ni corría para evitar la lluvia, sino que se limitaba a aceptarla. Aceptaba la lluvia lo mismo que aceptaba la tierra bajo sus pies y las ramas de los árboles rozándole los hombros.

Clio lo contempló, suspirando, hasta gire Jalal desapareció entre los árboles.

Trabajo con tranquilidad, escuchando la lluvia y el viento golpear los cristales de las ventanas.

Y pensó en Jalal.

«No tengo intención de perseguir a ningún gato blanco y negro, el gato tendrá que venir a mí por voluntad propia».

Clio supuso que. debería agradecérselo, una vez que se sobrepusiese a la agonía del trauma repetido. No obstante, cada vez que pensaba en él era una tortura, tanto física como psicológica, una mezcla de dolor y deseo que la hacía desesperar.

Lo deseaba con una profunda pasión emocional v sensual. Estaba consumiéndose. Era horrible pensar que jamás satisfacería su deseo.

Acabó su trabajo y, a través de una ventana, contempló la tormenta. Ya que no tenía nada que hacer, no podía controlar la furia de su corazón.

Lo deseaba con pasión y desesperación. ¿Qué importancia tenía que prefiriese a su hermana? ¿Importaba realmente? Jalal no tenía la culpa de lo que a ella le había ocurrido con Peter en el pasado. No tenía la culpa de que, al compararse con Zara, tuviera complejo de inferioridad.

Lo deseaba. Pero sabía que Jalal era un espejismo, un hombre que no la amaba realmente. Nada resultaría de su unión física... a excepción del placer sexual.

Respecto a eso no le cabía ninguna duda.

Por primera vez desde los dieciséis años, se le presentaba la primera oportunidad de saber lo que era una verdadera pasión sexual. ;Y si también era la última? ¿Y si estaba destinada a no volver a sentir nunca semejante deseo por nadie?

«El gato tendrá que venir a mí por voluntad propia».

La tormenta se intensificó, pero no era más salvaje que la que se había desatado en el corazón de Clio.

Capítulo Catorce

En el momento en que Jalal abrió la puerta de Solitaire, después de arreglar el generador, un relámpago iluminó el firmamento seguido del ronco estruendo de un trueno.

Clio alzó la cabeza en el momento en que él cerró la puerta. Se quedaron quietos, en silencio, durante unos momentos eternos, mirándose a los ojos.

Fue Jalal quien interrumpió el silencio. Jamás he visto tanta lluvia en toda mi vida como en cinco minutos en este país.

Esas palabras rompieron el hechizo y Clio entró en acción. Jalal estaba absolutamente empapado.

-¡No te muevas de donde estás! -gritó ella-. ¡No te muevas o vas a mojarlo todo!

Clio abrió la bolsa con la ropa sucia y sacó una toalla, tirándola a los pies de él.

-Ponte encima de la toalla mientras yo voy por otra limpia.

Clio corrió al cuarto de baño y tomó una de las toallas limpias que había puesto allí. Cuando regresó a la cocina, Jalal se había quitado la chaqueta.

-Si uso esa toalla, va a faltar una limpia en la casa, ¿no? -preguntó él vacilante mientras ella le ofrecía la toalla desde el otro lado del mostrador de la barra de la cocina americana.

-Les daremos otra limpia cuando los nuevos inquilinos vengan a casa por las llaves -respondió Clio con un encogimiento de hombros.

Jalal sacudió la cabeza.

-No es necesario, me las arreglaré con esto. Jalal empezó a secarse el pelo con un pico seco de su chaqueta. La camisa polo que llevaba tenía los hombros y el pecho mojados.

-Será mejor que te quites la camisa, la meteré en la secadora.

Jalal la miró fijamente. -No, no hace falta.

-Jalal, estás empapado! -era su madre hablando por ella-. ¡Vas a morirte de una pulmonía! -No creo que vaya a morir tan fácilmente. -Ya, pero sí te va a dar un buen catarro.

-No -respondió Jalal con voz queda.

Clio se lo quedó mirando, casi hechizada, y entendió el silencioso mensaje. Tragó saliva con dificultad.

«El gato tendrá que venir a mí ...».

Volvió a verse un espectacular relámpago, seguido de un estruendoso trueno.

-Me parece que vamos a tener que quedarnos aquí un buen rato -dijo ella con forzada ligereza. Jalal se puso tenso.

-Podemos volver en la lancha aunque llueva, ¿no? He ido a la lancha cuando llovía con tu padre.

-No si llueve tanto, y menos cuando hay tormenta eléctrica. La visibilidad es nula con este tiempo, y un barco en el agua atrae a los rayos.

Jalal tensó la mandíbula, dando la impresión de que era lo último que quería oír. Pero no hizo otro comentario que un murmurado:

-Ya veo.

A Clio le recorrió un escalofrío a lo largo de la columna vertebral, y por las piernas y los brazos. ¿Estaba pensando Jalal lo fácil que sería hacer el amor en esos momentos? Ella sí. Su propio deseo la estaba deshaciendo.

Clio preparó un café rápidamente. Después, tornó la bandeja con las tazas y la cafetera y la llevó al cuarto de estar. Jalal, tras quitarse las embarradas botas, la siguió. Los truenos y los relámpagos empezaron a repetirse casi continuamente, y la ventana del cuarto de estar les ofreció una vista perfecta del magnífico drama que se

estaba desarrollando en el firmamento.

Jalai se sentó en un sillón, asintió cuando ella le sirvió el café, y agarró su taza de la bandeja que Clio había dejado encima de una mesa de centro delante del sofá.

-Es normal una tormenta así? ¿Es por esto por lo que a la gente le gusta venir aquí?

Clio sonrió.

-No, la gente viene aquí por el sol. Pero, hasta el momento, está siendo un verano bastante lluvioso. Las tormentas así de fuertes solo se dan una vez cada cinco años... más o menos.

Había una chimenea. Qué agradable sería encenderla, pensó Clio, y estar allí sentada al lado de la persona amada... Sí, era el lugar perfecto para una luna de miel.

En el peligroso silencio que envolvió a ambos, Clio bebió su café y, nerviosa, contempló

la tormenta a través de los cristales de las ventanas.

-¡Dios mío, el gato! -gritó Clio. Impulsivamente, dejó la taza bruscamente en la mesa y se puso en pie.

Fuera, en aquel lado del puente que cruzaba el río justo en la parte que corría por detrás de la casa, había un gato blanco y negro agonizante bajo la tormenta.

-¡Wousky! -gritó Clio, llamándolo; aunque, por supuesto, el gato no podía oírla-. ¡Wousky! Clio corrió a la puerta delantera de la casa y la abrió; a su espalda, Jalal también se puso en pie.

-¿Vas a ...? -comenzó a decir Jalal, pero Clio ya estaba saliendo.

¡Cielos, era peor de lo que parecía! Era conw estar debajo de las cataratas del Niágara. En cuestión de segundos, Clio estaba calada hasta los huesos. Se puso las manos sobre los ojos a modo de visera y miró en dirección a donde había visto el gato.

El animal había cruzado el puente y estaba sentado bajo una planta de hoja grande, completamente empapado. Clio se encaminó hacia el pintoresco puente, llamando al gato por su nombre.

-¡Wousky, Wousky!

El gato dio la impresión de estar esperándola; sin embargo, cuando Clio se le acercó, el animal se incorporó y echó a correr.

-¡No! -gritó Clio.

Pero, en ese momento, se tropezó y cayó al suelo todo lo larga que era, en el barro. -¡Maldición, Wousky! -gritó ella.

Por fin, se puso en pie, cubierta de barro, justo en el momento en que Jalal llegó a su lado. Un relámpago iluminó la escena, y el gato apareció otra vez, con la boca abierta por la que asomaba una lengua rosa.

-¡Wousky! -gritó Clio de nuevo, avanzando unos pasos.

El gato esperó, como si quisiera que le dieran alcance; entonces, una vez más, según Clio se iba acercando, volvió a retroceder.

-¿Qué estás haciendo? ¡Ese gato, o gata, no va a dejar que lo atrapes! -gritó Jalal.

-Sí, y es hembra -le contradijo ella-. Está tratando de decirnos algo. Está intentando llevarnos a alguna parte. Está bien, Wousky, ¿qué quieres?

No era extraño que un animal condujera a los humanos a otros humanos o a animales en peligro, y a Clio empezó a latirle el corazón de aprensión.

Wousky los condujo a una arboleda, volviendo la cabeza constantemente para ver si la seguían. Los árboles los protegían algo de la lluvia, pero Clio empezó a sentir frío y tembló.

De repente, la gata se paró al lado de un árbol y empezó a maullar.

-¿Qué te pasa? -le preguntó Clio acercándose al animal.

Fue entonces cuando lo vio. -¡Oh, Dios mío, Wousky!

En un hoyo bajo unas raíces, la gata había construido un refugio, quizá perfecto antes de la lluvia, pero esta lo había convertido en un barrizal, y allí había parido. Evidentemente, Wousky había sacado a sus crías del hoyo al llenarse de agua, pero ahora los pequeños animales estaban expuestos a la tormenta.

-¡Oh, Wousky, qué gata tan lista eres! -le dijo Clio a la angustiada madre. Después, sonrió a Jalal, que se había agachado a su lado-. ¿No es increíble? Ha debido ver que las luces de la casa se encendían y ha venido a buscarnos.

-Este está ya medio ahogado -dijo Jalal tomando cuidadosamente en sus manos a una cría cubierta de barro.

La gata se acercó a Jalal preocupada. El acarició a la cría con el pulgar y, por fin, se vio recompensado con tan maullido de agradecimiento de Wousky.

Clio rio encantada.

-¡Está bien, Wousky, no te preocupes, vamos a solucionar tu problema!

Uno a uno, Clio empezó a agarrar a las crías; después, subiéndose la falda de la camiseta hasta la cintura, la utilizó como hamaca para colocar allí a los pequeños animales.

-Cuatro. ¿Son todos los que hay?

Jalal aún tenía en sus manos al que había rescatado.

-Sí, creo que los tenemos todos.

La gata no se quejó cuando Jalal y Clio se levantaron. Seguidos de Wousky, se dirigieron hacia el puente. Continuaba lloviendo torrencialmente. En cuestión de minutos, entraron en la casa por la puerta de la cocina. Después de semejante drama, era casi extraña la paz que reinaba en el interior de Solitaire.

Clio quitó el barro a las crías con agua templada; después, les hizo una especie de cama con las toallas sucias al lado de la chimenea, donde Wousky, tras haber ingerido una gran cantidad de alimento, se acopló entre sus crías y empezó a lamerlas.

Entre tanto, Jalal había hecho un fuego en la chimenea. filio encendió una estufa y la colocó al lado de los animales para proporcionarles calor instantáneo. Después, al levantarse, se miró a sí misma y se dio cuenta de que tenía barro desde la cabeza a los pies. Jalal estaba igual que ella.

-Bien, creo que ahora nos toca a nosotros -dijo Clio.

Clio salió de la ducha envuelta en una enorme toalla, con otra más pequeña cubriéndole la cabeza. Jalal estaba donde lo había dejado, en la cocina, apoyado contra el mostrador, con los brazos cruzados a la altura del pecho y una taza de café en una mano.

Clio no se atrevió a mirarlo a los ojos cuando pasó por delante de él camino de la lavadora. -Tu turno -dijo ella mientras metía la ropa en la lavadora-. Si te quitas la ropa, la lavaré toda junta.

Cilio le oyó dejar la taza en el mostrador y también sus pasos en dirección al cuarto de baño. Cuando la puerta se cerró, Clio lanzó un enorme suspiro para aliviar la tensión que sentía.

Al cabo de unos momentos, Jalal hizo lo que ella le había sugerido, tirando la ropa al suelo por la puerta entreabierta del cuarto de baño.

Clio se agachó a recogerla y, al instante, oyó la ducha. De repente, su mente se llenó de eróticas imágenes de Jalal desnudo.

Tratando de controlar su desbordada imaginación, Cilio llevó la ropa a la lavadora, echó detergente y la puso en marcha.

Necesitaba fuerza. Necesitaba pensar. Pero, con Jalal desnudo en el cuarto de baño, le resultaba imposible.

Clio fue al cuarto de estar, donde Wousky estaba medio dormida y las crías mamando. Fuera, la lluvia seguía cayendo torrencialmente.

Clio volvió a la cocina y llamó a su casa por radio. Su madre contestó la llamada.

-Aquí no se puede hacer nada de momento -dijo Maddy-. Todos estamos esperando a que acabe la tormenta, sin poder hacer nada. Supongo que los nuevos inquilinos se han pararlo por el camino y también están esperando a que deje de llover. Sería una locura tratar de conducir con este tiempo.

-Volveremos tan pronto como amaine -elijo Clio.

Tras unas palabras más, cortaron la comunicación .

Los truenos y los rayos habían cesado, pero la pesada lluvia continuaba. Clio fue al cuarto de estar y se acercó a la ventana. En el cristal, vio reflejada su propia imagen.

Y también vio la de Jalal, al entrar en el cuarto, con una toalla alrededor de la cintura y una más pequeña rodeándole el cuello, sobre unos hombros y un pecho desnudos.

Capítulo Quince

Jalal se detuvo a unos pasos de ella y, en el cristal, Clio le vio ladear la cabeza, observarla. Y ella siguió sin poder mirarlo directamente.

Despacio, Jalal levantó un brazo y cubrió uno de los hombros desnudos de Clio con una mano. Ella se sobresaltó al sentir la corriente eléctrica que manaba de Jalal.

-Clio -dijo él con voz suave al tiempo que le ponía la otra roano en el hombro

contrario y la obligaba a darse la vuelta-. Clio, mírame.

El corazón de Clio empezó a latir con fuerza debido al miedo, a los nervios y al deseo. Por fin, Clio alzó los ojos a él y el corazón le dio un vuelco cuando sus ojos se encontraron.

-Tienes miedo?

Clio desvió la mirada y respiró profundamente.

-Supongo que... un poco -admitió ella.

-No tengas miedo. No vamos a hacer nada que tú no quieras hacer, ni ahora ni nunca. Jamás te forzaré más allá de lo que tú estés dispuesta a aceptar.

Clio se quedó en silencio. -¿Es que no me crees?

-Escucha... -Clip se humedeció los labios con la lengua-. No te preocupes, estoy bien. Lo que pasa es que... si pudieras evitar pronunciar su nombre... Sé que tú...

Jalal le alzó la barbilla con una mano, obligándola a mirarlo.

-¿Qué quieres decir con eso de que no pronuncie su nombre?

-Hace años, un hombre que amaba a Zara me eligió como sustituta de mi hermana, y yo... yo era muy joven, Jalal, y no tenía experiencia. El incidente me... me traumatizó.

Clio se tragó el nudo que la emoción le había formado en la garganta, y se preguntó si podría continuar.

-Quieres decir que te forzó, en contra de tu voluntad, y deseando a tu hermana? -preguntó Jalal con suavidad, conteniendo la furia que eso le produjo.

-No -Clio lanzó un triste suspiro-. No, él no me forzó. Fue... No me di cuenta, hasta que fue demasiado tarde, casi demasiado tarde, de que: él estaba imaginando que yo era Zara.

Clio levantó el rostro y lo miró, forzando una sonrisa.

-Él pronunció el nombre de mi hermana y fue entonces cuando me enteré.

Jalal guardó silencio unos momentos, inmóvil. -¿Y de qué tienes miedo ahora, de que yo también pronuncie el nombre de otra mujer? Solo pronunciaré un nombre, Clio, el tuyo. Solo pensaré en un nombre, en el tuyo, Clio -le susurró él.

Angustia y deseo la invadieron simultaneamente.

-Es solo que... cuando pronunciaste su nombre la ultima vez... en fin, me dolió mucho. Y si lo volvieras a hacer...

De repente, sintiendo que el corazón se le encogía, Clio se dio cuenta de que no podía seguir adelante. Por mucho que lo deseara, no podía. Imposible hacer el amor con un hombre enamorado de otra, temiendo todo el tiempo que, en la locura de la pasión, susurrara su nombre.

-El nombre de quién? -preguntó Jalal con el ceño fruncido.

-Lo siento, no puedo hacerlo -dijo ella. Yo no pronuncié el nombre de nadie. Jalal, te aseguro que no importa...

-Si crees que dije el nombre. de una mujer mientras te estaba haciendo el amor, importa y mucho. ¿Qué nombre me oíste pronunciar?

Clio tuvo que reconocer que Jalal hablaba con convicción. Pero ella lo había oído,

no había sido producto de su imaginación.

-El nombre de Zara. Quizá no te dieras cuenta, pero...

-¡El nombre de Zara! -repitió Jalal con incredulidad-. ¿Por qué iba yo a pronunciar el nombre de tu hermana en un momento así? ¿En serio crees que deseo a la esposa de mi tío? Pues no, te aseguro que te equivocas. ¿Qué me oíste decir? ¿Qué es lo que te has imaginado?

Clio respiró profundamente para darse fuerza a sí misma.

-Yo no imaginé nada, te oí perfectamente. Dijiste... Zary -Clio se aclaró la garganta-. Tiene gracia, así es como yo la llamaba cuando éramos pequeñas; pero nadie, excepto yo, la llamaba así. -Zarie repitió él.

Jalal empezó a sacudir la cabeza; de repente, bruscamente, se quedó inmóvil y, pensativo, empequeñeció los ojos.

-¡Zahri!-dijo Jalal con otro acento-. Es eso lo que me oíste decir, Zahri?

-¡Sí! ¡Sí, eso es! Lo acabas de decir.

-Sí, cierto, pero esa palabra significa «flor» en árabe Jalal le puso una mano en la garganta y le alzó la barbilla-. No estaba refiriéndome a tu hermana, sino a ti. Hablaba de la flor de tu hermoso cuerpo, de lo mucho que deseaba que se abriera para mí.

Una explosión de emociones se apoderó de Clio, dejándola atónita. Lanzó un suspiro y con él liberó la angustia y la tensión que había estado acumulando.

-¿Yeso era lo que pasaba? -preguntó Jalal en un ronco susurro-. ¿No se trata de nada más, solo de eso?

Clio tomó aire en un intento por controlar las emociones que la sacudían. De repente, le entraron ganas de echarse a llorar. Un gemido escape de su garganta.

-Sí, eso es.

Sin mediar palabra, Jalal se agachó, le puso un brazo detrás cíe las piernas, la levantó en sus brazos y la llevó al dormitorio.

Jalal la soltó al lado de la cama y, al hacerlo, la toalla que cubría a Clio empezó a resbalarse. Ella fue a sujetarla, pero Jalal le sujetó la muñeca. -Déjame que te vea -ordenó él.

Clio se derritió al oír aquel tono de absoluta posesividad. Jalal le agarró la otra muñeca y le apartó las manos del cuerpo, comiéndola con los ajos mientras la toalla caía al suelo.

Jalal se quedó quieto, mirándola.

Los negros ojos de Clio lo miraron interrogantes, nerviosos, y con tanto deseo que penetraron hasta lo más profundo de su ser.

-Eres una mujer hermosa -susurró él con voz ronca-. Se han escrito muchos poemas sobre ti durante miles de arcos, y yo no lo sabía.

-Sobre mí? -Clip sonrió. Jalal asintió.

-Te llamaban Asheeq.

La amplia boca de Cilio se movió, tembló. -Qué quiere decir esa palabra?

-Amada -murmuró él-. Asheeq es «amada». Anti asheegi.

Jalal levantó una mano para quitarle la toalla que le cubría el pelo. El cabello de Clio cayó sobre sus hombros y espalda. Ella tembló al ver la expresión de Jalal.

Un apasionado deseo, jamás sentido por ella, floreció en su corazón y cobró madurez como un jardín que cobrara vida en cuestión de segundos. Perfume, color y el sedoso tacto de los pétalos recién abiertos embriagaron sus sentidos, llevándola a una excitada anticipación...

Y Jalal apenas la había tocado, excepto con los ojos. A Clio casi le dio miedo pensar lo que ocurriría cuando la tocara con las ruanos.

Despacio, aún mirándola, Jalal se quitó la toalla que le rodeaba el cuello y la dejó caer al suelo. Entonces, irresistiblemente, le puso las manos en los hombros y la estrechó contra su cuerpo, apretándole los senos a su pecho. Bajó la cabeza v, con la boca, saboreó la de ella... y empezó a devorarla con una brusquedad que la dejó jadeante.

Después de una eternidad de besos suaves, apasionados, posesivos, bruscos... los labios de Jalal la abandonaron.

-Túmbate -dijo él.

Aún rodeada por los brazos de Jalal, Clio se dio media vuelta, retiró la ropa de la cama y, poniendo las rodillas en el colchón, se dirigió a gatas hacia el centro.

Oyó la respiración de Jalal antes de que las manos de él le agarraran las caderas con firmeza, sujetándola.

Y entonces, antes de que a Clio le diera tiempo de saber qué ocurría, la boca de Jalal se le acercó por detrás, directamente a la entrepierna... su húmedo calor procurándole un agudo y casi insoportable placer.

Clio gritó. Y volvió a gritar. Intentó moverse, pero las manos de él le sujetaron los muslos, separándoselos irresistiblemente. Clio se sintió presa en manos de Jalal y en aras del indescriptible placer que sentía, consumiéndose en un deseo desconocido para ella hasta entonces.

No podía hacer nada, excepto esperar; entre tanto, sus muslos se separaban incontrolablemente a la boca de él, su cuerpo todo deseo mientras él acariciaba y lamía con la lengua.

Clio nunca había esperado nada parecido, nada tan rápido, tan sobrecogedor. La necesidad de liberar la tensión sexual la hizo gemir.

Jalal continuó sus salvajes y húmedas caricias, procurándole un dulce tormento casi insoportable.

Clio pegó el pecho al colchón y enterró el rostro en una almohada, gimiendo, arqueando el cuerpo sin vergüenza alguna a la boca de él, total y absolutamente dedicada a su propio placer.

Entonces, por fin, sintió el ardiente y dulce alivio tan esperado. Y Clio gritó.

Cuando pasó, Clio se dejó caer en la cama y seis arios y medio de contenido deseo se esfumaron. Y, por fin, se sintió saciada.

-¡Oh, gracias! ¡Gracias, Jalal, ha sido maravilloso! -murmuró ella de cara a la

almohada con voz ronca y sensual-. ¡Oh, ha sido maravilloso! ¡Ha sido lo más maravilloso del mundo! ¡No sé si podré volver a sentir nada parecido!

A sus espaldas, dejando caer su toalla al suelo, Jalal sonrió.

-Creo que eso sí que puedo prometértelo. Con languidez, Clio giró en la cama hasta quedar con la cabeza vuelta para poder verlo. El cuerpo de Jalal era hermoso. Mientras se tumbaba al lado de ella, Clio admiró la forma como se contraían sus músculos, su extraordinaria forma... y la dureza y longitud de su sexo. Clio apartó los ojos para recuperar la respiración, y Jalal se apoderó de uno de sus senos con una mano, la otra la dejó cerca del húmedo vello rizado de ella.

Ella le pasó la mano por la mejilla, sonriendo perezosamente. Jalal se metió un dedo de Clio en la boca y empezó a churparlo; y entonces, el placer contrajo el estómago de Cilio y la espiral de tensión se renovó.

Clio gimió quedamente.

Jalal empezó a acariciar el velludo triángulo; y Clio extendió las manos hacia él, y lo acarició con una placentera curiosidad.

Cuando Clio tocó su masculinidad, los ojos de Jalal empequeñecieron y sus labios se abrieron en una erótica sonrisa. Clio exploró la suave dureza con un placer que apenas podía contener.

-¡Oh, me encanta esto! -gritó Clio quedamente, rodeándole el miembro con posesividad. Entonces, cuando las caricias de Jalal la hicieron alcanzar el clímax una segunda vez, Cilio arqueó la espalda, levantando las caderas y, de repente, Jalal se posicionó encima de ella; movió las piernas entre las de Clio mientras esta, más que dispuesta, se abría a él.

El placer del clímax apenas se había apagado cuando Jalal la penetró. Ella se cerró sobre él con deseosa gratitud, y él la penetró más y más, hasta llenarla. Jalal oyó el grito de satisfacción de Clio y entonces se dio cuenta de que llevaba toda la vida esperando ese gemido de placer.

Jalal, salvajemente, empezó a moverse dentro de ella, y Clio volvió a gritar mientras él gemía con fiereza.

Jalal continuó empujando. Clio gritó su nombre y, después, gimió una vez más antes de perder el sentido del tiempo, del mundo y de ella misma, ahogándose en el placer que él le procuraba.

Clio oyó el salvaje grito de Jalal y sintió el pulso del miembro de él dentro de su ser en el mismo momento en el que ella misma sintió un placer que su cuerpo apenas podía aguantar. Clio alzó las caderas desesperadamente; y entonces, algo salvaje los alcanzó a ambos, llevándolos al lugar intemporal con el que ambos habían soñado.

Capítulo Dieciséis

Permanecieron tumbados el uno en brazos del otro.

-Eres como un gato -murmuró Jalal sonriendo.

-¿Sí? ¿Por qué? -Estás ronroneando.

De repente, Clio se dio cuenta de que así era y se echó a reír.

-Sí, tienes razón.

-¿Siempre ronroneas en momentos así? -preguntó él, sin poder evitar una punzada de celos. -Nunca he tenido momentos así; por lo tanto, no lo sé -respondió Clio.

-Que nunca... ¿qué quieres decir? ¿Estás diciendo que ningún hombre ha sabido complacer a una mujer tan apasionada como tú? ¿Qué clase de hombres produce esta cultura?

-Muchos hombres delicados -Clio se incorporó ligeramente y apoyó el peso en un codo; después, lo miró y sonrió-. He estado en una jaula. Algunos hombres lo han intentado, pero solo tú has encontrado la llave de la jaula y la has abierto.

Jalal se quedó conmovido. La besó con un súbito estallido de deseo, la hizo tumbarse boca arriba y se adentró en ella una vez más. Clio jadeó y se sintió derretir; y su cuerpo, aún henchido por el deseo consumado, aceptó la nueva intrusión con deleite. Casi al momento, Clio alcanzó la cima y volvió a sentir el clímax, gritando salvajemente, sintiendo cómo él gritaba su propio alivio.

-Mmmmm -murmuró ella cuando ambos volvieron a calmarse.

Jalal se dio cuenta de que necesitaba a esa mujer como necesitaba agua para vivir y, de repente, supo que iba a ser así durante el resto de su vida. Siempre había estado buscando algo, pero sin saber qué... hasta ese momento.

Jalal le besó el hombro suavemente. Que semejante mujer no hubiera encontrado placer en su propio cuerpo hasta entonces le resultó casi imposible de creer.

-Me parece que tienes que... recuperar el tiempo perdido.

-Años perdidos -comentó ella con una sonrisa.

-Quizá podamos condensarlos.

Ella lo miró con ojos brillantes y una increíble sensualidad antes de incorporarse hasta sentarse en la cama.

-Ojalá pudiéramos pasar aquí el resto del día y toda la noche -dijo Clio-, pero los nueves inquilinos llegarán tan pronto como la lluvia amaine.

Clio se levantó de la cama, fue a la cocina y allí pasó la ropa de la lavadora a la secadora. Después, volvió al dormitorio y se agachó para recoger las toallas mojadas; entonces, vaciló. Jalal acababa de ponerse: en pie.

-¿Quieres darte otra ducha?

Jalal la miró, pensando en el sexo. -Sí, vamos a darnos una ducha.

Clio, derretida de nuevo, dejó caer las toallas al suelo y le dejó conducirla al cuarto de baño. Cuando el agua les cayó por encima, ella suspiró su deleite.

Jalal le puso las manos en las nalgas.

-Pon las piernas alrededor de mi cuerpo -murmuró él.

Clio, gimiendo de anticipación, lo obedeció, rodeando ese maravilloso cuerpo con sus piernas.

Jalal la colocó de espaldas a la pared, agarrándole las piernas, y volvió a penetrarla.

Agua y placer fluyeron simultáneamente en ambos cuerpos, una combinación suave y deliciosa que embriagaba los sentidos. Y una vez más, alcanzaron la cúspide del placer juntos.

La lluvia había amainado cuando subieron a la lancha y emprendieron el camino de vuelta a la casa., con Wousky a su lado y las crías en una caja de cartón.

-Me gustaría que me contaras algo sobre ese hombre que te hizo tanto daño -dijo Jalal. -Nunca le he contado a nadie lo que pasó -murmuró Clio.

Clio ni siquiera logró contarle a su madre la profunda humillación que había sufrido y, por supuesto, tampoco se lo había dicho a Zara. Pero con Jalal era diferente.

-Podría decirse que fue mi enamoramiento de colegiala -comenzó a decir Clio-. Yo tenía trece años y él ya estaba en el último año del instituto. Me parecía guapísimo y...

Clio le contó todo, hasta el mínimo detalle, mientras cruzaban el lago. Al final, cuando acabó el relato, la angustia del pasado se había disipado completamente, y debía agradecérselo a la pasión de Jalal.

La expresión de él endureció cuando Clio le describió lo ocurrido la noche en la que perdió algo más que su inocencia, pero él no la interrumpió.

Jalal guardaba silencio cuando pasaron por un pintoresco puente.

-Oh, hay gente en la casa MacAllister -observó Clio ausentemente.

Jalal pareció sorprendido. -¿Qué?

-¿No ves gente allí, en el muelle?

Jalal levantó la vista cuando pasaron cerca de una casa que parecía una mansión, pero no hizo ningún comentario.

-¿Qué ha sido de Peter? -preguntó Jalal después de unos momentos.

-¿Que qué ha sido de él? -Sí. ¿Se ha casado?

-¿Casado? ¡No, claro que no, solo tiene veinticinco o veintiséis años! La última vez que pasé por allí, aún llevaba la tienda de coches de su padre. También conducía uno de esos coches deportivos que tanto le gustan. Supongo que aún no está dispuesto a cambiarlo por una ranchera familiar.

-Es un idiota –dijo, Jalal con una sonrisa, como si Peter tuviera la misma importancia que un periódico de la semana anterior.

Clio se echó a reír, sintiéndose completamente libre.

-Claro que está interesado -dijo Saifuddin ar Ratib con cautela-. Lo que ocurre es que no quiere comprometerse hasta no conocer nuestra oferta.

-Hay que obligarlo a comprometerse -dijo la voz al otro lado de la línea telefónica.

-Por supuesto, Excelencia.

-Si me diera a conocer demasiado pronto, él podría tener la tentación de

descubrirme delante de sus tíos a cambio de ganarse sus favores. Debemos lograr que se comprometa primero.

-¿Cabe la posibilidad de que sienta lealtad hacia sus tíos? ¿Teméis que pueda ocurrir? ¿Un hombre que ha sido enviado al exilio?

-¿No me dijo que notó en él cierto apego a ellos?

-Sí, Excelencia. En parte, quizá sea porque piense que le debe mucho, entre otras cosas su educación, a su abuelo, el rey.

Se hizo una pensativa pausa al otro lado de la línea.

-Como siempre, tiene razón, Saifuddin. Creo que este es el momento de decírselo. Llámame cuando lo haya hecho.

Jalal llegó tarde a cenar. Había salido en la lancha y nadie sabía adónde, poco después que él y Cilio volvieran de Solitaire con los gatos. Jalal no tenía por costumbre faltar a las comidas familiares, y todo el mundo se preguntó qué le habría ocurrido.

Clio estaba aún más preocupada que el resto de su familia. ¿Y si ella tenía que elegir en quién depositaba su lealtad? Si Jalal estaba conspirando en contra de los príncipes...

Aquella tarde tenían una clase de defensa personal, motivo por el que los chicos estaban aún más nerviosos.

Jalal siempre dice que la disciplina es muy importante, así que no faltaría a una clase -dijo Ben.

-En ese caso, volverá a tiempo para daros la clase -dijo Maddy-. Por favor, dejad de preocuparos. Una persona llamó a Jalal por teléfono y yo le di el mensaje cuando llegó. Probablemente haya ido a ver a alguien y se ha retrasado.

¿Habría tenido un accidente?, pensó Clio angustiada.

El ruido del motor de una lancha hizo callar a todos. De repente, los chicos empezaron a sonreír.

Clio se mordió la lengua para evitar sonreír de alivio. Pero cuando los pasos de Jalal se oyeron en el porche, sonreía tan abiertamente como Donnelly.

-¡Jalal, Jalal! -gritó la niña, como si el mundo se hubiera salvado de una catástrofe en el último momento.

Jalal entró sonriendo. Agarró su plato de la finesa y fue a la cocina de guisar, donde estaba la cacerola, a servirse.

Todos, ya tranquilos, empezaron a charlar, pero Clio notó que algo lo preocupaba.

Clio estaba tumbada en la cama apoyada en un codo, con un libro en la mano del que no había logrado leer ni una palabra, cuando oyó un quedo golpe en la puerta, la llamada de su moreno amante...

Jalal abrió la puerta y la cerró tras sí. Se quedó quieto durante unos momentos, mirándola. Clio lo miró sonriendo. Jalal se acercó a la cama, se agachó y la besó.

Cilio alzó los brazos y le rodeó con ellos el cuello mientras Jalal se tumbaba a su lado. Ella empezó a desabrocharle la camisa inmediatamente. Jalal la descubrió y

empezó a acariciarle el cuerpo desnudo mientras la devoraba a besos. Clio ya ardía en deseo al pensar en el placer que él podía darle. Gimió junto a su boca y sintió el cuerpo de Jalal responder al momento.

-Te deseo, Clio -murmuró él junto a los labios de Clio con una fiera desesperación-. Bésame. Bésame.

Jalal se tumbó boca arriba, colocando a Cilio encima suyo, y volvió a besarla.

Ella alzó la cabeza y lo miró a los ojos. -Te amo -susurró Clio.

-Te amo, Clio -respondió Jalal.

Capítulo Diecisiete

-¿Por qué estás tan preocupado esta noche? -le preguntó ella cuando ya, saciados, descansaban el uno en brazos del otro.

Jalal guardó silencio unos momentos.

-Nada que tenga que. ver contigo, ni tampoco con tu fami...

Entonces, Jalal se interrumpió al pensar en Zara. A Clio el corazón empezó a latirle con fuerza. -¿Se trata de algo que tiene que ver con Barakat? .Jalal suspiró.

-Clip, si te lo digo, será una carga para ti que no podrás compartir con nadie. No podrás hablar de ello absolutamente con nadie. ¿De verdad quieres saberlo?

-¡Oh, Dios mío! -exclamó ella en un susurro-. No estoy segura de poder soportarlo. ¿De qué clase. de carga estás hablando?

¿Podría tratarse de elegir entre la felicidad de Jalal o la de Lara?, se preguntó Cilio con angustia. Jalal le acarició el cabello.

-Si hablaras de ello, podría resultar muy peligroso. Hay vidas en juego. ¿Quieres que te lo diga? Por supuesto, aceptando las condiciones. -Una de las vidas en juego es la tuya?

Jalal guardó silencio. Se limitó a mirarla, pero Clio vio en sus ojos la respuesta.

-Y.. también la de Zara?

Jalal respiró profundamente y continuó acariciándola.

-Estoy haciendo todo lo que este en mis ruanos por evitar que nadie corra peligro.

-¡Oh, Dios mío! -Clio cerró los ojos-. No, creo que no quiero saberlo.

Ambos guardaron silencio. Clio tenía miedo de oír algo que pudiera destruir su recién encontrada felicidad. ¿A quién podría hacer daño que ella viviera en la ignorancia durante unos días al menos?

-Puede que tenga que regresar pronto a Barakat-dijo Jalal de repente. Agarró una mano de Clio y la besó-. Clio, si tuviera que irme... ¿vendrías conmigo?

A Clio le dio un doloroso vuelco el corazón. -¿Qué?

-Si no me quedara más remedio que volver a casa... ven conmigo, Clio.

-¿A los Emiratos? -Clip casi gritó esas tres palabras-. Por cuánto tiempo? ¡Esta es la estación del año en la que tenemos más trabajo!

-¿Que por cuánto tiempo? ¡Para siempre! ¿Te casarás conmigo, Clio? Te amo. Quiero que vengas conmigo a mi hogar. Por favor, sé mi esposa.

Clio lo miró a los ojos mientras el corazón le galopaba.

-Oh, Jalal. -Di que sí. -¿Marcharme de aquí? ¿Para siempre?

Jalal la estrechó en sus brazos. Clio se aferró a él.

-Vendremos de vez en cuando de vacaciones -dijo él.

-¡No puedo! Jalal, este es mi hogar!

-Yo te daré un nuevo hogar. Un palacio con fuentes y cosas hermosas. No viviremos lejos de las montañas...

-¡No puedo irme a vivir a otro país, este es mi hogar!

Los ojos de Jalal oscurecieron.

-Clio, por fin te he encontrado. Lo eres todo para mí. ¿Es que no me amas?

A Cliose le llenaron los ojos de lágrimas. -¡Te amo! ¡Te amo y quiero estar contigo! Pero... Oh, Jalal, por favor, no me pidas que deje esta tierra.

Jalal no tenía respuesta. Bajó la cabeza y la besó con urgente pasión, cubriéndole el cuerpo con el suyo, buscando un refugio para su alma atormentada.

Hacía una mañana radiante después de la lluvia torrencial del día anterior, e iba a hacer mucho calor.

Vas a tener mucho trabajo hoy en la heladería -comentó Maddy después del desayuno, cuando todos se hubieron marchado, excepto ella y Clio.

A Clio le alegró la idea de estar ocupada. Aquella mañana se había despertado deprimida y no quería pensar en la elección a la que debía enfrentarse. ¿Por qué el amor tenía gire ser tan doloroso?

Pensó en Zara, en lo fácil que había sido para ella tomar la decisión de marcharse a vivir a otro país, con otra gente y con una nueva familia. ¿Cómo lo había hecho?

-Cilio, ¿qué te pasa esta mañana?

-¿Qué? -Clip parpadeó, saliendo de su ensimismamiento-. Perdona, mamá, ¿qué has dicho?

-¿Qué te pasa, Clio?

De repente, Cilio se echó a llorar.

-Oh, mamá, no quiero marcharme de aquí. No quiero pasar el resto de mi vida en un país extraño.

Maddy Blake se puso en pie al instante. -¿Qué? Cariño, ¿por qué ibas a tener que marcharte...? -de repente, el rostro de Maddy cambió de expresión-. ¡Oh, nol ¿Tú y Jalal? -Anoche me pidió que me casara con él.

-¡Oh, cariño! ¡Oh, no, tú también no! ¡Oh, Dios mío, por qué no te haría caso cuando me pediste que no lo dejara venir! ¿Es que todas mis hijas van a dejarme?

-Mamá, yo no he dicho que sí. Lo quiero, pero no puedo marcharme de aquí. ¡Este es mi hogar! Si se tratara de irse a un sitio como Quebec, bien; pero... ¿tan lejos? -Clio se cubrió el rostro con las manos-. ¡Dime qué puedo haceri.

Su madre se sentó en una silla al lado de Clima y le puso un brazo sobre los

hombros.

-Ojalá pudiera decir que no puedo y ya está. ¿Por qué tiene que ser tan difícil el amor? Creía que sería maravilloso, pero... Ni siquiera hemos sido felices un día entero.

Maddy lanzó un suspiro.

-Qué tonta he sido al dejarlo que viniera aquí...

-Mamá, ;crees que sería feliz si me fuera a ese país? ¿Crees que el amor sería suficiente?

Maddy bajó la mirada.

-No lo sé, Clio. Al menos, tendrías a Zara cerca. No te sentirías...

-Zara vive en el este de Barakat. Anoche, Jalal me dijo que él vive en la capital, y eso está lejos de donde vive Zara.

La campana de la puerta de la heladería sonó y ambas mujeres, instintivamente, respondieron a la llamada del deber.

-Debe ser Willa con el reparto de helados -dijo Maddy.

-Iré. yo -Clio se levantó y besó a su madre en la mejilla antes de marcharse hacia la heladería.

Capítulo Dieciocho

Aquella noche hicieron el amor con una pasión que los llevó a un país de puro placer y, más allá de sus fronteras, a un lugar de desnuda tristeza. Llegar a una unión total les hizo saber que no estaban realmente unidos y, esa noche, Clio lloró de felicidad y pesar simultáneamente.

Después, permanecieron tumbados el uno en brazos del otro, sus cuerpos sudorosos por el ejercicio en la noche calurosa.

Charlaron sobre cosas intrascendentes, como dos amantes normales; pero con una preocupación constante.

-Jalal, anoche dijiste que la situación era peligrosa -dijo Clio por fin, casi sin darse cuenta.

Él asintió.

-¿Quieres que te hable de ello? -Creo que debería saberlo.

Jalal hizo una pausa, buscando las palabras adecuadas.

-Hay un grupo que quiere destronar a mis tíos. Quieren reunificar los Emiratos Barakat y convertirlos otra vez en un reino bajo el mandato de un rey. Por supuesto, un rey fácil de manipular y controlar, porque serían ellos quienes dieran el poder a ese rey.

-Tú? -susurró ella horrorizada.

-Soy de un valor incalculable para esa conspiración. Como mi padre era Aziz, hay muchos en el país que creen, o serían fácilmente convencidos, de que tengo derecho a la corona. Y si al pueblo se le dijera que la división del reino ha sido mala para todos y que sus gobernantes son personas frívolas por haberse casado con extranjeras, sería

fácil convencer a todo el mundo de que lo que se necesita es un rey y los emiratos reunificados.

-¿Y esto está ocurriendo ya, ahora? -preguntó Clio.

-Hay rumores, artículos en periódicos... Mis tíos sospechaban de que esto no era algo fortuito, pero lo difícil era descubrir a los instigadores. Por eso, oficialmente, me enviaron aquí a estudiar; sin embargo, corrió el rumor de que yo me había marchado para conspirar contra ellos desde el extranjero.

-¿Qué quieres decir? No lo comprendo.

-Mis tíos esperaban que, de esta manera, los que estaban conspirando contra ellos intentarían ponerse en contacto conmigo.

Clio lanzó un tembloroso suspiro.

-Oh, Jalal, ¿quieres decir que... eres parte de la investigación que están llevando a cabo tus tíos con el fin de descubrir a los conspiradores?

De repente, Clio se dio cuenta de lo tonta que había sido al dudar de él. No, Jalal no había nacido para ser traidor.

-¿Qué otra cosa podría ser?

A Clio le remordió la conciencia.

-¡Pero lo que estás haciendo es muy peligroso! ¡Y si alguien descubriera que estás haciendo de espía para tus tíos!

Jalal acarició el suave muslo de Clio con gesto ausente.

-Por eso es por lo que no debes contarle esto a nadie. Ahora tienes mi vida en tus manos. Clio deseó poder calmarse.

-Continúa -lo instó ella.

-Mis tíos tenían razón, los conspiradores se han puesto en contacto conmigo.

-¿Y quienes son?

Jalal sacudió la cabeza.

-Aún no he conseguido nombres. Sin embargo, anoche, acordamos otra cita. Esta vez, me han dicho que tienen algo que logrará convencerme para que me una a ellos.

-¿Quieres decir que tienen algo con lo que creen que podrían chantajearte?

Jalal sacudió la cabeza.

-Eso parece, pero no tengo idea de qué puede ser. El real que he hecho es del dominio público, todo el mundo sabe que rapté a la princesa Zara. Así que no sé de qué puede tratarse.

Jalal se interrumpió y se encogió de hombros antes de continuar.

-Así que voy a saber pronto de lo que se trata. Si también revelasen quién es el jefe de la conspiración, como esperarnos que ocurra, mi trabajo habrá terminado. Pero si no... no habré descubierto nada, Clio. Y me resultará imposible seguir haciendo lo que estoy haciendo. Puede que me obliguen a tomar una decisión... y no me quedará más remedio que contestar con una negativa. En cuyo caso, todo lo que hemos hecho no habrá servido para nada.

De repente, Clio sintió miedo.

-¿Cuándo es la reunión?

-Mañana. Es muy posible que después de la reunión tenga que volver a los Emiratos Jalal le acarició el cabello y la espalda-. Clio, amor mío, te pido otra vez que, si eso ocurre, vengas conmigo.

Clio, llena de tristeza, bajó la cabeza.

-Jalal, no sabes lo que me estás pidiendo. En una ocasión me dijiste que tú no tienes hogar; pero yo sí, este es mi hogar. Por favor, no me pidas que vaya al desierto a pasar allí el resto de mi vida; sobre todo, cuando ni tú mismo te sientes en casa allí. Por favor, no me pidas eso.

-No debería haber dicho semejante cosa. Por supuesto que el desierto es mi hogar.

-Pero... ;qué haría yo allí?

-Podríamos venir aquí a pasar los veranos. En Barakat, todo el mundo se va de la ciudad en verano, así que nosotros podríamos hacer lo mismo.

-¿Y qué haría yo los otros nueve meses del año? Ejercer de esposa en las galas?

-Y ser la madre de nuestros hijos.

-¿Y qué sería de nuestros hijos? ¿Y si tuviéramos un hijo?

Jalal se inclinó sobre ella para besarla. -Espero que tengamos muchos.

-¿Para qué? ¿Para ser carne de cañón para más conspiradores? -sugirió ella-. Esto es algo sin fin, ¿no? Siempre habrá alguien a la caza de un rey marioneta para satisfacer sus propias ambiciones, ¿no es verdad? No quiero esa vida para mis hijos.

-La gente olvida -murmuró él, aunque no con convencimiento-. Olvidarán que yo fui algo más que un Gran Visir.

-Y eso es otra cosa, yo jamás podría ser la esposa de un político; Jalal. Nunca llegaría a poder tomarme esas cosas en serio. Sé que a Zara le gusta, pero a mí... Además, Zara tiene una carrera, es arqueóloga. Tanto si está cavando en busca de ruinas como si está construyendo un museo, ella siempre tiene ese recurso. Sin embargo, para mí, es la heladería, es trabajar con mi madre... son las pequeñas cosas.

Clio se interrumpió un momento, rogándole con la mirada.

-¿Por qué no te quedas tú aquí, Jalal? Esto te gusta, dijiste que lo llevas en la sangre.

Jalal sacudió la cabeza y a Clio el corazón se le encogió de dolor.

-Tiene gracia, pero Zara quería evitar una relación seria con Peter Clifford porque, para ella, Peter era un hombre, de un pueblo, sin ambiciones. Yo no tenía ese problema con Peter, su estilo de vida habría sido perfecto para mí. Esa es la clase de vida que siempre he querido.

-Siento mucho no ser ese hombre dijo Jalal con voz tensa.

-Perdona, no he querido decir eso. Lo que quiero decir es que Zara evitó relaciones con un hombre que no podía comprender la clase de futuro que ella quería para sí. Yo, por mi parte, he intentado hacer lo mismo. El problema es que tú has aparecido y... ¡Oh, Dios mío, no es justo! ¡Yo no quería que ocurriera esto! ¡Yo no quería que tul príncipe de un país lejano apareciese aquí y me enamorase!

La indecisión y la angustia la hicieron llorar; y, por primera vez, Jalal no la

comprendió, su propio dolor era demasiado fuerte.

Jalal se levantó de la caina y se vistió.

-El príncipe de un país lejano se marchará -anunció él.

De repente, Clio comprendió que le había hecho daño.

-Por qué no puedes comprenderme? -gritó ella-. ¿Por qué tengo que ser yo quien lo deje todo? ¿Por qué no puedes tú venir a vivir aquí? ¿Por qué crees que yo debería asentir a todo inmediatamente sin tú plantearte ninguna otra posibilidad que no sea volver a tu país?

-¿Qué haría yo aquí, en Canadá? Barakat es mi hogar -dijo Jalal con fría formalidad-. Te voy a dar un consejo: ve a ver a Peter, tu primer amante, e invítalo a que se acueste contigo otra vez. Después de una hora contigo en la cama, se olvidará hasta del nombre de tu hermana. Así conseguirás todo lo que quieres.

-¡Yo no amo a Peter Clifford, te amo a ti!

-Pero, en cierta forma, no has dejado de soñar con él.

Jalal abrió la puerta y salió de la habitación. Clio lo dejó marchar.

Saifirddin ar Ratib dejó un portafolios encima de la mesa.

-Pedisteis pruebas de que mis superiores tienen suficiente influencia para llevar a cabo sus planes con éxito.

-También pedí conocer su identidad -comentó Jalal secamente.

Aun no ha llegado la hora para eso, pero las pruebas que os traigo os demostrarán lo próximo al corazón de la monarquía y. a las riendas del poder que, mi líder siempre ha estado.

Saifirddin sacó una carpeta del portafolios, lo cerró y lo dejó a un lado. Se sentó y, con las manos en la carpeta, se quedó mirando a Jalal pensativamente. Después, empujó la carpeta hacia Jalal y dijo:

-Leed lo que hay ahí escrito.

Jalal sonrió. Apoyó la espalda en el respaldo del asiento y miró a su interlocutor sin abrir la carpeta.

-;Y qué es lo que quiere que lea? -preguntó Jalal señalando la carpeta con gesto arrogante-. Dígame por qué puede interesarme.

-Son unos documentos que pueden resultaros reveladores respecto a las intenciones, a largo plazo, y a las convicciones de mi señor, y su habilidad para llevar a cabo sus planes.

Voy a necesitar más que unos documentos para convencerme de que podría destronar con éxito a los presentes monarcas y reunificar el reino de Barakat.

Saifuddin ar Ratib sonrió.

-En cualquier caso, mi señor cree que encontraréis estos papeles de sumo interés.

Aún sin mostrar prisa, Jalal asintió y bebió un sorbo de té con menta. Por fin, agarró la carpeta.

Lo primero que vio que contenían los papeles fue su propia firma: «Jalal ibn Aziz

Daud al Quraishi».

Jalal lanzó una mirada a Saifuddin y, de nuevo e irresistiblemente, sus ojos volvieron a los papeles para leer en voz alta:

-<<Soy Jalal, el hijo de tu hermano, el príncipe Aziz. Conoces la historia de mi vida. Ahora, exijo que se me reconozca el derecho de ocupar mi lugar... >>.

Jalal recordó el bolígrafo en sus manos cuando escribió aquello, el olor de la comida que su madre estaba preparando, y también recordaba el cálido viento que soplaba en el jardín cuando, años atrás, escribió aquella carta a sus tíos.

Jalal alzó la cabeza.

-Esta es la carta que todo el mundo sabe que escribí a mis tíos.

Saifuddin ar Ratib lo miró fijamente a los ojos.

-Sí, es la carta original.

Jalal acarició el papel y controló su furia. -¿Cómo ha llegado esta carta a sus manos?

El otro hombre se limitó a sonreír y sacudió la cabeza. Después, alzó un dedo para imitar a Jalal a que continuara leyendo.

Jalal dejó la primera hoja de papel y comenzó a leer la segunda.

-«De Jalal ibn Aziz ibn Daud a sus tíos, los príncipes: Me sorprende no haber recibido respuesta a mi carta...».

Le sorprendió la claridad con la que había establecido su parentesco con ellos. ¿Cómo era posible que sus tíos hubieran fingido ignorar su existencia después de haber leído esa carta?

-«De Jalal ibn Aziz... ¿por qué me llamáis nieto de un bandido? ¿Era el rey Daud un bandido? ¿Lo son sus hijos?».

Y, sin embargo, cuando por fin le reconocieron y le aceptaron...

¿Era así como aquellos conspiradores pretendían convencerlo de que se uniera a su causa, por medio de demostrarle que sus tíos habían mentido y le habían traicionado desde el principio?

-«De Jalal ibn Aziz a sus tíos: Sabed que estoy decidido a ...».

Jalal se interrumpió y examinó las cartas.

-No hay sello en ninguna -dijo Jalal frunciendo el ceño.

De repente, lo comprendió. Sus ojos se alzaron para clavarse en Saifuddin ar Ratib, luchando por controlar sus emociones. No podía permitir que aquel hombre viera en su interior.

-Ya, mis tíos nunca recibieron estas cartas -dijo.lalal despacio.

Saifuddin reconoció la verdad de aquellas palabras asintiendo con la cabeza.

-Esa es la razón por la que no supieron de mi existencia. ¿Cómo fue posible? -preguntó Jalal, manteniendo la apariencia de calma-. ¿Cómo se llevó a cabo? ¿Se interceptaron mis cartas y fueron sustituidas por otras, omitiendo mencionar quién era yo? Una carta de Jalal, el nieto de Sehin, exigiendo tierras basándose en que su abuelo había sido un bandido con «propiedad de hecho» en el desierto...

Jalal se cayó, pensando en los meses que pasó creyendo que su familia lo había

repudiado, los medio hermanos de su padre... y volvió a sentir la misma furia que entonces.

-Sí, así es como fuiste presentado a los príncipes.

Continuó examinando el contenido de la carpeta. Su vida entera estaba allí, incluso cartas de sus profesores e instructores. Todo.

Lo único que faltaba eran las cartas que había enviado a los príncipes cuando tenía a Zara como rehén.

-Nunca supieron de mí -dijo Jalal despacio, contemplando mentalmente el pasado-. Mi abuelo, el rey Daud, se murió sin saber de mí. Mi abuela... Nadie.

-Cierto -contestó Saifuddin.

-Mi madre no llegó a conocer la identidad del hombre con el que habló el día que fue a palacio a revelar mi existencia. Mis tíos supusieron que fue Nizam al Mulk, ya fallecido, por entonces Gran Visir del rey. Pero no fue Nizam al Mulk. -No, no fue él.

-Y no fue el rey quien hizo que nos trasladásemos a la ciudad, quien pagó mi educación y quien me envió a formarme militarmente. Fue este hombre, el hombre para el que usted trabaja.

Saifuddin asintió.

-Permitidme que alabe vuestra agilidad mental.

Jalal le lanzó una rápida mirada.

-¿Con qué fin ha hecho todo esto? ¿Para vengarse de mi abuelo por algo?

Saifirddin ar Ratib sonrió.

-No, en absoluto. Se trata de un hombre de infinita paciencia y de grandes miras. Cuando vuestra madre se presentó en palacio para revelar vuestra existencia, mi señor vio grandes posibilidades en vos. El futuro que vio para vos requería planes muy bien trazados, y él se ocupó de todo.

-Me preparó para ser un desarraigado -murmuró Jalal-, me sacó del desierto. Toda mi vida, mi madre no cesó de hablar de un futuro diferente para mí de la vida que yo llevaba... me habló de un futuro que nunca llegó. Su superior sabía que mi madre acabaría rompiendo su silencio, pero no importaba. Y cuando envié esas cartas a mis tíos, él evitó que llegaran a ellos, convirtiéndome por fin en un rebelde, alguien más fácil de manipular.

Saihrddin inclinó la cabeza.

-No obstante, me sorprendéis. Por si os sirve de consuelo, os diré que él no esperaba vuestro regreso al desierto, ni que establecierais un campamento. También lo tornó por sorpresa que tomarais una rehén... y que obligarais a vuestros tíos a reconoceros.

-Eso no me consuela -Jalal puso un dedo en los papeles-. ¡Se trata de un loco que se ha pasado la vicia planeando una estupidez! ¿Y es a un loco a quien usted respeta?

Jalal se puso en pie y añadió:

-;Era su misión convencerme de que este hombre sería un valioso aliado en mis empresas? No es más que un viejo lunático que confunde la realidad con la fantasía -dijo el príncipe Jalal antes de darse media vuelta y, con desdén, bajar la escalinata

de la terraza para dirigirse a su lancha.

Capítulo Diecinueve

Se veía luz por la rendija de la puerta de la habitación de Clio, y Jalal llamó. Cuando ella le murmuró que entrase, Jalal abrió la puerta y la encontró sentada en la cama.

-He oído la motora -dijo ella-. ¿Has descubierto algo?

-Sí Jalal cerró la puerta, se adentró en el cuarto y se sentó en la cama-. Sin darse cuenta, se ha descubierto. Si no estuviera en contacto con mis tíos, él no habría arriesgado nada al dejarme descubrir lo que he descubierto esta noche. Pero, con lo que he averiguado, mis tíos podrán figurarse quién estaba en posición de hacer lo que esta persona hizo.

-Así que... ¿todo ha acabado?

-El está acabado, sí. Aunque llevará tiempo descubrir el verdadero alcance de la conspiración.

Clio, en silencio, lo miró gravemente a los ojos.

-En ese caso, ¿cuál es la mala noticia? ¿Qué es lo que te tiene tan disgustado?

Jalal la miró fijamente.

-¿Cómo sabes que estoy disgustado? Ella, mirándolo a los ojos, sonrió. -Lo he notado en tus pisadas cuando te he oído subir las escaleras. Y ahora... lo veo en tu cara.

Jalal le puso las manos en la cabeza y la acaricio con los ojos.

-Se dice que mis abuelos se entendían así... sin necesidad de palabras. Y mis tíos lo corroboran. Mis tíos los conocían bien y querían tanto a su padre como a su madrastra; sin embargo, para mí solo eran el rey y la reina del país.

-Sí -murmuró ella con tristeza.

-Desde el momento en que supe quién era, no logré comprender por qué mis abuelos nunca quisieron conocerme. El hijo de su amado hijo, el único producto de su gran amor. Sin embargo, según creía yo, pagaron por mi educación. ¿Por qué? Mi abuelo vivió más de doce años después de que yo me enterase de que era su nieto... años que podríamos haber disfrutado juntos.

-Era un hombre anciano -susurró ella.

-Eso mismo me decía yo. Inventaba excusas respecto a su comportamiento...

-¿Y esta noche has descubierto por qué? -preguntó Clio conteniendo la respiración.

-Sí. jamás se enteraron de que yo existía -dijo Jalal sin preámbulos-. Mis abuelos nunca supieron que su difunto hijo tenía un hijo a su vez. Por eso fue por lo que nunca me llamaron a palacio. No supieron que yo estaba en este mundo. Murieron sin saberlo.

El dolor de Jalal era casi palpable. A Clio se le encogió el corazón.

-¡Oh, Jalal! -susurró Clio-. Pero en ese caso... tu educación, toda tu vida... ¿quién

creían dije eras cuando hicieron todo eso?

-Ellos no sabían nada. Desde el momento en que mi madre fue a palacio para hablarles de mí, yo me convertí en el juguete, en el peón de un hombre perverso...

-¿Qué? -inquirió ella horrorizada.

Con gesto ausente, Jalal acarició la delicada línea de los hombros de Clio.

-Este hombre mintió a mi madre al decirle que le había revelado al rey el secreto de mi existencia. Hizo como si estuviera cumpliendo las órdenes del rey, pero no era así.

-¿Por qué tu madre no insistió en verse personalmente con tus abuelos?

Jalal sacudió la cabeza.

-No, Clio, no lo comprendes. ¿Qué sabía mi madre? Era una mujer ignorante, del desierto. Mi madre ni siquiera sabía leer. Había cometido un grave pecado con su amante, el príncipe, que tuvo que confesar para poder hablarle al rey de mi existencia. ¿Cómo iba ella a saber el valor que podía tener mi vida para el rey? ¿Cómo podía exigir que mi abuelo conociera personalmente a su nieto?

-Pero...

Jalal le puso un dedo en los labios.

-Clio, tú no puedes comprender a una mujer como mi madre, es muy distinto a todo lo que tú conoces. Tú eres una mujer libre, consciente de tu propia importancia en el inundo. Tu padre te valora, tu madre es una mujer influyente, y tú esperas ser como ella. Tú eres igual a tus hermanos. Incluso ese horrible incidente con Peter... te hizo infravalorarte al compararte con tu hermana. Mi madre luchó contra toda una sociedad al creer que era un ser humano de valor para Dios.

A Jalal el sentimiento le ahogó la voz. Clio no respondió, se limitó a esperar a que él dijera lo que tenía que decir.

-Mi madre siempre le estuvo agradecida a su padre, Clio, a su propio padre, porque no la mató estando embarazada. Su padre no la envió a la tribu para que la apedreasen; sin embargo, se la vendió a un hombre anciano, que se casó con ella... ¡Y eso después de haber sido la amante de un príncipe!

Clio susurró el nombre de Jalal.

-Cuando este hombre de palacio le dijo a mi madre que el rey no la vería nunca personalmente, pero que los mantendría a ella y a su hijo... en fin, fue mucho más de lo que mi madre había esperado. ¿Te das cuenta del valor que tuvo que tener para atreverse a presentarse en palacio?

Jalal se interrumpió, la miró y le tomó el rostro con las manos.

-Esta noche me han explicado el porqué. Me lo han dicho para convencerme de que este hombre poderoso que está detrás de la conspiración puede cumplir sus promesas. Está cerca, lo suficientemente cerca del trono como para... Pero sé que se trata de manipulación psicológica: querían conmocionarme, hacerme dudar de todo, hasta entregarme a ellos por entero.

-Y.. ¿les ha salido bien la jugada?

-Me ha conmovido, ya que me he enterado de que mi vida ha sido muy diferente a

lo que creía. He sido un peón de este individuo, que quería utilizar mi frustración y mi ira para alcanzar sus propios fines. Creó una existencia para mí que me hiciera odiar, ya que el odio se puede utilizar de muchas maneras. Quería hacer de mí su arma mortal.

-¡Oh, Jalal, debe ser un monstruo!

-Sí, lo es. Y también un estúpido. Hay que ser un estúpido para pasarse veinticinco años trazando un plan que solo tiene como fin la destrucción. La destrucción de tres tíos, de la estructura de los Emiratos... de todo.

Jalal suspiró y añadió:

-Siempre que esté en Barakat, Clio, seré el objetivo de hombres como él. Siempre seré lo más próximo a un príncipe marioneta para locos que no pueden recordar que el Profeta dijo que un país puede sobrevivir sin religión, pero no sin justicia.

-¿Dijo eso? -preguntó Cilio perpleja.

-Sí, y otras muchas cosas que los tontos ignoran.

Jalal la miró fijamente a los ojos y continuó. -Tenías razón, Clio. ¿Cómo podría llevarte a una vida así, una vida de política y conspiraciones? Clio guardó silencio, un silencio lleno de esperanza, de amor y de compasión.

-Mi vida ya no está allí. Ahora estoy libre, libre de mi carga, de mi pasado y de mi historia. Si me aceptas como marido, Clio, me quedaré aquí contigo y empezaré una nueva vida entre lagos y bosques. Y los descendientes de mi abuela vivirán en la clase de tierra que ella amaba, y nuestros hijos heredarán lo que nosotros construyamos... y nada más.

Jalal la miró fijamente a los ojos y añadió: -¿Lo aceptas, mi amor? ¿Te gustaría tanto como me gustaría a mí?

El llanto impidió a Clio contestar.

En el Pabellón del Rey, cuatro hombres almorzaban alrededor de la fuente y bebían té con menta.

-Mientras esté aquí, ¿cómo voy a poder evitar ser el centro de atención de todas y cada una de las sectas desencantadas con la monarquía o con la política del país? -preguntó Jalal-. Es imposible. No quiero pasar el resto de mi vida combatiendo manipuladores decididos a destronaros, contra los deseos de mi abuelo.

-Nuestro padre podría haber decidido otra cosa de haber tenido el privilegio de conocer tu existencia-dijo Omar-. Puede incluso que te hubiera considerado la solución al dilema. Podría haberte nombrado rey a ti y el reino habría permanecido indiviso.

Jalal asintió. Eso era verdad.

-Es posible. Sin embargo, en ese caso, me habrían educado para dirigir un país. Pero no ha sido así. Y vosotros sí habéis sido educados para ello, los tres -Jalal miró a su alrededor-. El pueblo os quiere, y también a vuestras hermosas esposas. Si yo no estoy aquí, nadie podrá pensaren mí como una alternativa... y el descontento acabará desapareciendo.

-¿Qué quieres decir, Jalal? -preguntó Rafi. -Quiero abandonar Barakat. Voy a renunciar a los títulos de mi padre y voy a vivir en el extranjero. Quiero poner punto final a mi búsqueda de poder y reconocimiento... y a mi búsqueda de una familia.

Se hizo un profundo silencio. Omar miró a la fuente con gesto ausente, acariciándose la barba. Karim arqueó las cejas, asintiendo. Rafi miró a Jalal, casi su vivo retrato.

-¿Adónde vas a ir? -preguntó Karim por fin. Rafi sugirió con voz suave:

-Clio?

Jalal inclinó la cabeza, asintiendo.

-Sí, Clio. Voy a comprar una casa en el lago donde ella ha vivido siempre. He hablado con su padre sobre el negocio y nos parece que yo podría invertir algo de dinero... o quizá invierta en una purificadora de agua con el fin de mantener los lagos libres de contaminación.

-Jalal, ¿estas seguro?

Jalal ibn Aziz ibn llaud Iba Hassan al Quraishi asintió.

-Sí, estoy seguro.

La vieja iglesia de Love's Point no había visto una boda tan concurrida desde hacía mucho tiempo. El matrimonio de Clio Blake y Jalal al Quraishi tuvo lugar allí y la recepción se dio en los hermosos jardines de la iglesia que bajaban hasta el bonito río.

El sol de finales de septiembre sonrió aquel día, mientras los invitados charlaban animadamente en grupos y el velo blanco de la novia revoloteaba alrededor de su cabeza.

Los reporteros de prensa ya se habían ido hacía tiempo, después de sacar fotos a los novios y a la princesa Zara, embarazada, con su marido el príncipe Rafi.

Nadie quería marcharse, alargando todo lo posible aquel día encantador. La novia y el novio continuaron hablando con sus amigos hasta que alguien miró el reloj y dijo:

-Bueno, es hora de que os marchéis... si no queréis perder el avión.

Clio y Jalal intercambiaron una sonrisa de conspiración; entonces, se tomaron de la mano y comenzaron a alejarse... no hacia el coche de novios, sino hacia un camino que pasaba por unos sauces llorones a la vera del río.

Jalal y Clio volvieron las cabezas para mirar a los perplejos invitados y despedirse por última vez agitando las manos.

Antes de que nadie pudiera darse cuenta de lo que estaba ocurriendo, se vio a los novios subir a una poderosa lancha motora y, cuando los incitados, sobreponiéndose a la sorpresa, llegaron a la orilla, la motora ya estaba en medio del río, siendo conducida por el novio.

-¡Adiós! -gritaron Jalal y Clio riendo. Cuando, por fin, se perdieron en la lejanía, Clio se quitó el velo, sacudió la cabeza y sonrió a su marido.

-Hola -dijo ella con voz queda. -Hola -dijo él con posesividad.

-¡Qué día tan maravilloso! -exclamó Clio llena de felicidad-. ¿No te ha parecido fabuloso?

-Fabuloso -repitió él, lanzando a Clio una mirada que la hizo derretirse.

-Crees gire van a adivinar adónde varaos?

-Es posible; sobre todo, tus amigos. Esperemos que no se lo digan a nadie.

-Quizá los de la prensa se den por contentos con sacarles fotos a Zara y a Rafi durante la semana que viene.

-Nosotros ya no tenemos que preocuparnos de eso. Hoy querían nuestras fotos, pero pronto seremos dos personas normales y corrientes. Clio lo besó.

-Sí. ¡Y pensar que podría haberme casado con un príncipe! Bueno, siempre podré contarles a nuestros hijos que un día un príncipe me pidió que me casara con él.

-Y yo siempre podré contarles que una mujer prefirió casarse con un paisano a casarse con un príncipe.

Prosiguieron la conocida ruta hasta Solitaire. Allí, Clio saltó al muelle con su traje blanco.

Se quedó de pie en el embarcadero, bajo el sol, mientras Jalal amarraba la embarcación. Después, se tomaron de la mano y juntos emprendieron el sendero a la casa donde iban a pasar la luna de miel y su nueva vida.

Alexandra Sellers - Serie Los hijos del desierto 6 - La princesa perfecta (Harlequín by Mariquiña)